



Número 248
Marzo 2024

HERALDOS DEL EVANGELIO



Varón de grandeza impar

El Cielo es de los violentos

Como que el Reino de los Cielos se gana haciendo violencia, y el que crea que puede santificarse sin padecer y sufrir se engaña, tiene una idea errada de la santidad. Nos debemos decir a nosotras mismas: ¿Por qué te inquietas con tan pequeñas contradicciones? ¿Por qué cuando tienes que sufrir algo estás como fuera de ti misma, sin saber lo que te pasa cuando esa debe ser tu alegría porque es cuando te ejercitas en tu oficio? Porque el oficio de la religiosa es el sufrir, el contrariarse en todo. [...]

Sed muy fieles en esto de la abnegación que es lo que más cuesta, porque es de un valor incomprendible: es la joya preciosa de la vida espiritual; y a veces, ¿quién ha de comprender la abnegación que para un alma encierra una cosa pequeña? Amad mucho este ejercicio de abnegación y labrad vuestra alma con este martillo continuo de la mortificación del corazón, que tan agradable es a nuestro Señor. [...]

Esperamos de la gracia de Dios perseverar gozosas en la cruz hasta la muerte, que

nos pondrá en posesión de una vida mucho más dichosa que la presente, porque en ella tendremos la seguridad de no disgustar a Dios ni con la más leve imperfección, y sí de amarle más y más por toda la eternidad.

Aprovechad el tiempo haciendo de todo lo que nuestro Señor nos presente medios de santificación, mirando siempre las ventajas que resultan para el espíritu, hasta de aquellas cosas más pesadas, humillantes y trabajosas; y alegrándonos que nos ayuden a caminar con velocidad al único fin que nos propusimos cuando nos hicimos religiosas.

Me alegra verlas llevar la cruz contentas y sin quejarse, y caminar por las virtudes comprendiendo lo que valen para la eternidad. Mirad la paz que resulta de abrazarse con los pequeños sacrificios que se presentan, y la intranquilidad que resulta cuando no se llevan bien y los rechazamos.

«Ejercicios ignacianos con Santa Ángela de la Cruz».



Santa Ángela de la Cruz

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 248, Marzo 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

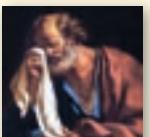
Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	 4		<i>El duque de Enghien</i> 34
<i>El «magnificat» de San José (Editorial)</i>	 5		<i>Una conversión restauradora</i> 38
	<i>La voz de los Papas – Padre afectuoso de Jesús</i>	 6	
	<i>Comentario al Evangelio – La gloria de la cruz</i>	 8	
	<i>Amado desde toda la eternidad</i>	 16	
	<i>San José, ¡el padre perfecto!</i>	 20	
	<i>¡Valió la pena haber llorado!</i>	 23	
	<i>La sublime conquista del vértice del dolor</i>	 26	
	<i>Beata María Concepción Cabrera de Armida – La cruz y el amor se besan</i>	 30	



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es 





ESCRIBEN LOS LECTORES

CONCIERTO DE NAVIDAD: PERFECTA ARMONÍA ENTRE DOCTRINA Y VIDA

Acabo de presenciar y participar con mis aplausos y mi emoción en otro concierto de Navidad, precedido por la celebración de una santa eucaristía, en la catedral de Oporto. De ahí he salido con el pecho hinchado y el alma elevada al Cielo, por todo lo que allí ha sucedido.

La solemne entrada de la imagen de la Virgen, el modo disciplinado y profundamente sentido con el que se comportaron todos los componentes, desde los más jóvenes hasta los menos jóvenes, ha sido un ejemplo de perfecta armonía entre el ser y aquello que uno vive.

Me cuesta encontrar frases correctas que expresen mis ganas de reproducir el asombro, la emoción, la admiración y la alegría que, una vez más, he experimentado, después de haberlo hecho ya otros años en Braga y en Guimarães.

Los Heraldos del Evangelio son, realmente, los grandes heraldos y defensores del Hijo y de la Madre, Nuestra Señora también. ¡Bien hecho!

*Manuel Fernando Machado de Souza
Porto – Portugal*

SER CONTRARREVOLUCIONARIO ES SINÓNIMO DE SER CATÓLICO

Me gustaría felicitar al equipo de la revista *Heraldos del Evangelio* por el enfoque de la edición de enero de 2024. ¡Providencial equipo contrarrevolucionario!

Parece que lo han adivinado...

El artículo de la Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, titulado «La Revolución en las tendencias – La más

sutil de las revoluciones... y la más eficaz», es un primor de facundia. En la misma línea, la reflexión del P. Felipe de Azevedo Ramos, «¿De qué color es el cielo?», un texto esmerado y contrarrevolucionario en esencia.

Por cierto, ser contrarrevolucionario es prácticamente sinónimo de ser católico.

*Edson Luiz Sampel
Londrina – Brasil*

«MI CATEQUESIS»

Amigos míos, colaboradores en mi vida cristiana.

Le estoy muy agradecida a Dios por las enseñanzas que he recibido en la revista *Heraldos del Evangelio*. He aprendido mucho, mucho, con ella, pese a que soy hija de una descendencia católica.

Así que, amigos Heraldos, deseo mucho, mucho, recibir estas revistas todos los meses, porque son mi catequesis. Me gusta todo lo que viene en ella y deseo leerlas todas, no quiero perderme ninguna. Esta asociación es mi amiga, es mi compañera.

¡Gracias! ¡Paz y bien para vosotros!

*Maria Brandão da Cunha
Boa Vista – Brasil*

ESCLAVO DE MARÍA, INSTRUMENTO PARA LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

¡Qué ejemplo de santidad señala-do en el artículo «San José Vaz – La epopeya de un esclavo»! Fue en el momento de la persecución cuando el P. Vaz se volvió un corazón combativo para amar, luchar y morir por la Santa Iglesia.

Es hermoso cómo se entregó a la Virgen María para ser un instrumen-to eficaz, convirtiéndose en esclavo perpetuo en la misión de la salvación de las almas más necesitadas de au-xilio.

*Sonia Maria Batista Souza
Via revista.arautos.org*

ENHORABUENA POR SU ADMIRABLE TRABAJO

Me dirijo a ustedes, Heraldos del Evangelio, para felicitarles de todo cora-zón por su admirable trabajo expre-sado en la revista y por un maravillo-so texto, en redacción y contenido, que hace referencia a las contingencias so-ciales y religiosas, al caos mundial en lo económico y en la convivencia entre naciones, a la confusión entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto.

Hace mucho tiempo que quería expresarles mi admiración por este éxito en sus tareas cotidianas y apo-yarlos en su perseverante labor.

Que Dios los bendiga y ayude por muchísimos años más en esta misión.

*Hernán Sotomayor León
Santiago – Chile*

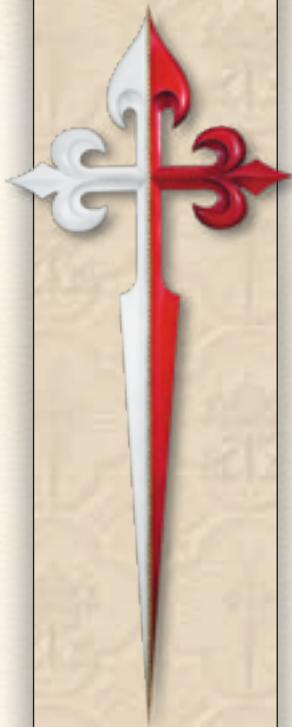
«QUE CREZCAN LAS INSTITUCIONES SACERDOTALES, COMO LA VUESTRA»

La única solución a la actual crisis viene de Dios. Como miembros de la Iglesia de Cristo, estamos llamados a la conversión, y para ello hace falta tener fe y el alimento necesario para afianzarla, que es la palabra de Dios. Pienso que hay dos formas, que no se excluyen una a otra: el deseo, con toda el alma, de conocer a Dios y a alguien que venga en nuestro auxilio, a darnos la palabra de Dios.

Rezo a Dios, pidiéndole por la intercesión de María, los ángeles y los santos que crezcan las instituciones sacerdotales, como la vuestra, para que sean un freno a la mentira. Sa-bemos que las promesas de Dios se cumplirán siempre, y debemos rezar mucho, hacer reparación, conver-tirnos más y más, para que Nuestro Señor tenga misericordia de todos nosotros y la verdad cale en muchas otras almas.

¡Sigan con su obra!

*José Manuel Pinto Díaz
Via revistacatolica.org*



EL «MAGNÍFICAT» DE SAN JOSÉ

Dios lo dispuso todo con «peso, número y medida» (Sab 11, 20). Como pináculo de su obra, creó al hombre a su imagen, así como «una ayuda y compañía semejante a él» (Gén 2, 18), de modo que constituyeran «una sola carne» (Mc 10, 8). Pero Adán y Eva pecaron, y como reparación, la Providencia preparó las primicias de la Redención en una pareja perfecta, María y José. Por participar del plan hipostático, la unión entre ellos se realizaría a un nivel aún más elevado: formarían un solo espíritu.

Para ello, el Divino Consejo de la Trinidad preparó durante milenios la genealogía del Mesías, de manera que éste fuera «hijo de David, hijo de Abrahán» (Mt 1, 1) y, finalmente, hijo de «José, el esposo de María» (Mt 1, 16), el «justo» (Mt 1, 19), de una santidad plenamente armónica con la de su consorte. De hecho, las misiones del padre y la madre de Jesús estaban intrínsecamente asociadas.

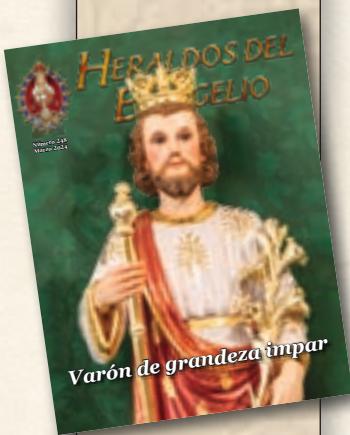
Los mejores autores josefinos, a los que se une Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, no se cansan de establecer analogías entre episodios de la vida de San José y de la Virgen. Por ejemplo, ambos recibieron el anuncio divino a través de ángeles y fueron confortados por ellos con la misma exhortación —«No temas» (Mt 1, 20; Lc 1, 30)—, a la que respondieron con un unánime *fíat* (cf. Lc 1, 38; Mt 1, 24).

Por otra parte, a San José se le podría atribuir un simbólico *magnificat*. De hecho, en el prefacio de la misa de su solemnidad, la misión del Patriarca es destacada a fin de proclamar la grandeza de Dios Padre: *«Debitis magnificare præconiis»*. El Señor miró también su humildad, de modo que todas las generaciones lo llamarán bienaventurado, porque el Todopoderoso hizo «grandes cosas» a su favor (cf. Lc 1, 46-49).

Fue el primer adorador del Corazón de Jesús unido al Inmaculado Corazón de María, el esposo arquetipo y protector del Niño Dios contra el tirano infanticida, el varón que le puso el nombre al esperado Mesías y el único digno de ser llamado «padre» por el Verbo Encarnado, aquel que, en cierto sentido, preparó los grandes enfrentamientos de la vida del Salvador. Fue, en definitiva, el padre por excelencia.

Entrando en la vida pública, Jesús se refería con frecuencia al «Padre celestial» (cf. Mt 5, 48; 6, 14; 6, 32; 15, 13), modelo último de santidad, de perdón, de atención en las necesidades y de intransigencia contra el mal. Su oración perfecta estaba dirigida al «Padre nuestro que estás en los Cielos» (Mt 6, 9). Ahora bien, ninguna palabra de Cristo es vana. Subrayando «celestial», ¿por qué no pensar que, mientras alababa la grandeza de Dios Padre, también tenía presente la misión futura de su virginal «padre terrenal»?

Estas consideraciones se ven reforzadas por el hecho de que, en la última aparición de la Virgen en Fátima, San José descendió del Cielo con el Niño Jesús en brazos, dando tres bendiciones en forma de cruz a la multitud. De esta «josefanía» bien se puede inferir que en el Reino de María el glorioso patriarca tendrá un insustituible papel junto a su celestial esposa, de manera que resonará por fin, al unísono, el esplendoroso *magníficat* de la santísima pareja. ♦



San José - Colección privada

Foto: Matheus Ronsani



Padre afectuoso de Jesús

El Padre celestial llama a José a participar, de manera especial, de su eterna paternidad. El Hijo de Dios y de María será confiado a su paternal cuidado y se dirigirá a José como a un «padre».

«**E**l me invocará: “Tú eres mi Padre”» (Sal 89,27). Es sumamente rica la palabra de Dios que la liturgia nos propone en la solemnidad de San José. Nos presenta las palabras del Evangelio de San Lucas, pero, al mismo tiempo, aprovecha el gran tesoro del Antiguo Testamento, en particular del segundo Libro de Samuel y del Libro de los Salmos.

Entre la Antigua y la Nueva Alianza existe un íntimo vínculo, que es descrito por San Pablo, de manera

clara y profunda, en el fragmento de la Carta a los Romanos leído antes. ¿Quién es el que, según las palabras del salmo, grita: «Tú eres mi Padre»? Es Jesucristo, el Hijo del Dios vivo.

Incesante súplica de Jesús al Padre

Sin embargo, antes de que Jesús de Nazaret pronunciara estas palabras, el salmista las había expresado en el contexto de la Alianza llevada a cabo por Yahvé con su pueblo. Son, por tanto, palabras destinadas al Dios de la Alianza. He aquí que, dirigiéndose precisamente a Dios, que es la roca de la salvación del hombre, Jesús proclama: ¡«Tú eres mi Padre»! Dice, usando la expresión de la máxima confianza de un hijo hacia su padre: ¡«Abba», Padre mío!

¡Abba, Padre mío! Así llama Jesús al Padre que está en los Cielos, y hace posible que también nosotros nos dirigamos de tal modo a aquel de quien Él es Hijo consustancial y eterno. Jesús nos autoriza a expresarnos de este modo, a orar al Padre así.

La liturgia de hoy nos introduce de una manera significativa en la oración que el Hijo de Dios le presenta incesantemente al Padre celestial.

Participación de José en la paternidad del Padre eterno

Al mismo tiempo, de su orante invocación, que resalta la paternidad de Dios, emerge, de algún modo, un singular designio salvífico acerca del hombre llamado José, a quien el Padre eterno ha confiado una peculiar participación en su propia paternidad.

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). Con estas palabras, el Padre celestial llama a José, descendiente del linaje de David, a participar de manera especial de su eterna paternidad.

El Hijo de Dios, Hijo de María, concebido por obra del Espíritu Santo, vivirá junto a José. Será confiado a su paternal cuidado. Se dirigirá a



Juan Carlos Villagómez

La Sagrada Familia - Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán (Méjico)

*El Hijo de Dios,
Hijo de María,
concebido por obra
del Espíritu Santo,
fue confiado al
cuidado paternal
de San José*



San José, Patriarca de la Iglesia Universal - Basílica del Sagrado Corazón, Valencia (España)

José —un ser humano— como a un «padre».

José, «tu padre»

La Madre de Jesús, cuando éste aún tenía 12 años, acaso no dijo en el Templo de Jerusalén: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados» (Lc 2, 48). María habla de José y utiliza la expresión: «tu padre».

Muy singular fue la respuesta que en aquella ocasión les dio el Niño Jesús a sus padres: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49). Jesús revela así la verdad profunda de su filiación divina: la verdad que concierne al Padre, el cual «tanto amó al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

Jesús Niño responde a María y a José: «Debía estar en las cosas de mi Padre». Y aunque a primera vista estas palabras parecen, en cierto sentido, eclipsar la «paternidad» de José, en realidad la resaltan aún más

Aquel a quien el Padre eterno confió a su Hijo extiende su protección también sobre el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia

como paternidad afectuosa del singular «descendiente de David», José de Nazaret.

Protector de la Iglesia

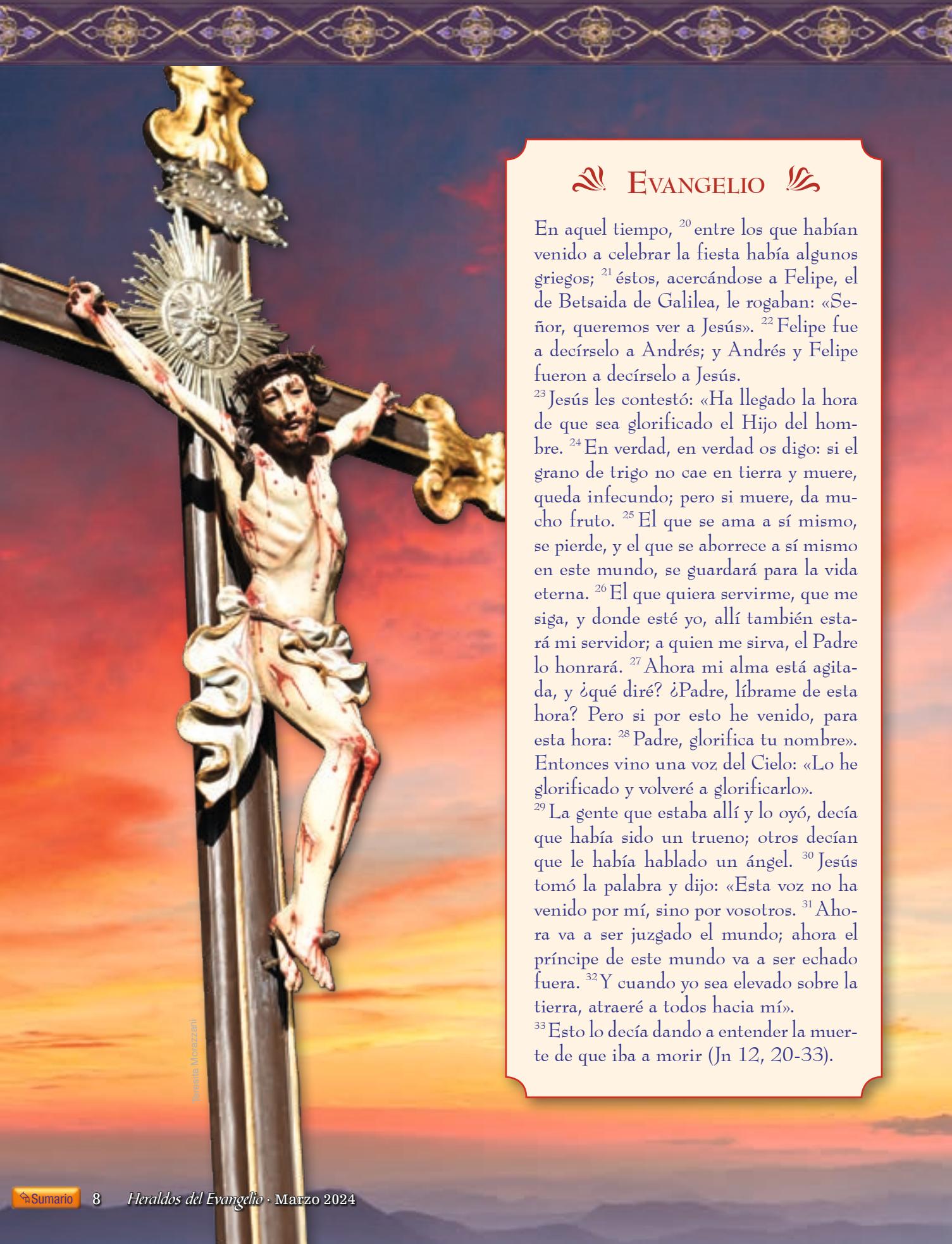
He aquí, queridos hermanos y hermanas, el punto central de la solemnidad litúrgica de hoy: la paternidad afectuosa de San José. Es el garante y protector que, junto con la vocación de padre putativo del Redentor, recibió de la Divina Providencia la misión de proteger su crecimiento en sabiduría, edad y gracia.

En las letanías dedicadas a él, lo invocamos con títulos maravillosos. Lo llamamos «Ilustre descendiente de David», «Luz de los patriarcas», «Esposo de la Madre de Dios», «Casto guardián de la Virgen», «Padre nutricio del Hijo de Dios», «Celoso defensor de Cristo», «Jefe de la Sagrada Familia».

Con una expresión que bien resume la verdad bíblica sobre él, lo invocamos como «Protector de la Santa Iglesia». Ésta es una advocación profundamente arrraigada en la revelación de la Nueva Alianza. La Iglesia es, en efecto, el Cuerpo de Cristo. ¿No era, pues, lógico y necesario que aquel a quien el Padre eterno confió a su Hijo extendiera también su protección a ese Cuerpo de Cristo que, según la enseñanza del apóstol Pablo, es la Iglesia? [...]

«Tú eres mi padre»... José fidelísimo, a ti nos dirigimos. No dejes de interceder por nosotros; ¡no dejéis de interceder por toda la familia humana! ♦

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.
Homilía, 19/3/1993.



Teresita Morazzani

EVANGELIO

En aquel tiempo,²⁰ entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos;²¹ éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». ²² Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.

²³ Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. ²⁴ En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. ²⁵ El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. ²⁶ El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará. ²⁷ Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: ²⁸ Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del Cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo».

²⁹ La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. ³⁰ Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. ³¹ Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. ³² Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

³³ Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir (Jn 12, 20-33).

La gloria de la cruz

Contrariamente a las máximas del mundo, llevadas al paroxismo en los días que vivimos, el divino Redentor nos enseña con palabras y su ejemplo cuál es la única gloria verdadera.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – ¿DÓNDE ESTÁ LA VERDADERA GLORIA?

Las deformaciones introducidas en la mentalidad moderna a partir de la influencia del cine de Hollywood —marcado por el invariable *happy end*, ese imaginario final feliz que sólo sucede en la pantalla— han acentuado en las últimas décadas, hasta el paroxismo, la tendencia a detestar cualquier clase de sufrimiento, como si sufrir o tener que sacrificarse fuera el colmo de la desgracia.

Paralelamente, se ha estimulado el hirviente deseo de gozar la vida, aumentando los bienes de un modo inescrupuloso para acceder a los más excéntricos y costosos placeres. ¿No viven así, sumergidas en aparentes delicias, las celebridades de este mundo? La tecnología más avanzada, sobre todo en el campo de la cibernetica puntera, las comodidades más emolientes, las modas más extravagantes, en suma, todo un universo de diversiones frenéticas está al alcance de este tipo de personas.

He aquí la ilusión de nuestros contemporáneos: ser uno de ellos para, supuestamente, alcanzar un nivel inimaginable de felicidad. Se trata de protagonizar una especie de cuento de hadas, si bien que despojado de los encantos del lujo aristocrático, y ataviado con ostentosas ropas provenientes de los arrabales de la fealdad, cuidadosamente rasgadas y sucias.

Sin embargo, ¿en esto consiste la verdadera gloria?

La enseñanza del divino Maestro

Nuestros antepasados pensaban de manera distinta. Cada cual valía según las virtudes que poseía:

honor, valentía, cortesía, honestidad, perseverancia, por mencionar sólo algunas. Y tales atributos se volvían aún más meritorios cuando los sobrenaturalizaba la gracia, cuidadosamente preservada ésta del riesgo que conduciría a perderla por el pecado. Así, los personajes dignos de elogio se distinguían por el hecho de dar su vida por una causa superior, habiendo sido capaces de afrontar el peligro y de haber llevado a cabo audaces renuncias.

Pensemos en la honra tributada a los militares que derramaban con arrojo su sangre por el bien de la patria, en la consideración dispensada a los jefes de familia que llevaban una existencia austera para garantizarles mejores condiciones a sus descendientes, o incluso en la admiración suscitada por el ejemplo de los caballeros de antaño, siempre dispuestos a defender con su vida a los más débiles y necesitados y, sobre todo, los más sublimes intereses de la Santa Iglesia.

Pues bien, el Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma arroja luz acerca de esta cuestión. Para Jesús, modelo supremo de la humanidad, la verdadera gloria consiste en la cruz, en la aceptación viril y seria del holocausto llevado al extremo. El Señor corroboró esta enseñanza con el crudelísimo ejemplo dado en su Pasión y, por eso, ahora enfrenta y destruye los mitos y fantasías con los que el demonio pretende aprisionar entre sus sórdidas garras a los espíritus creados para una gloria más alta. No, el hombre no ha nacido para relajarse en los pantanosos lodazales de este mundo, sino para conquistar las sacrosantas cimas del heroísmo. Y para ello hay que estar dispuesto a abandonar los estrechos límites del

*Para Jesús,
modelo
supremo de la
humanidad,
la verdadera
gloria consiste
en la cruz, en
la aceptación
viril y seria
del holocausto
llevado al
extremo*

Jesús entra en Jerusalén aclamado por la multitud. ¡La provocación al sanedrín no podría ser mayor! El divino Caballero iba al encuentro de su Pasión

Reproducción



«Entrada de Cristo en Jerusalén», de Pietro Lorenzetti - Basílica de San Francisco, Asís (Italia)

egoísmo y aprovisionarse de las armas de la luz, a fin de librarse un magnífico combate.

Como enseñaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «la vida de la Iglesia y la vida espiritual de cada fiel es una lucha incesante. Dios a veces le da a su Esposa días de grandeza espléndida, visible, palpable. Le da a las almas momentos de consolación interior o exterior admirables. Pero la verdadera gloria de la Iglesia y del fiel resulta del sufrimiento y de la lucha. Una lucha árida, sin belleza sensible, ni poesía definible. Una lucha en la que a veces se avanza en la noche del anonimato, en el lodo del desinterés o de la incomprendición, bajo las tormentas y el bombardeo desatado por las fuerzas conjugadas del demonio, del mundo y de la carne. Pero una lucha que llena de admiración a los ángeles del Cielo y atrae las bendiciones de Dios».¹ Por eso coronaba sus palabras con el epígrafe: «La verdadera gloria sólo nace del dolor». He ahí la clave para interpretar el Evangelio de hoy.

II – ¡LA GLORIA ES LA CRUZ!

El contexto del pasaje de San Juan recogido en esta liturgia no podía ser más decisivo y, al mismo tiempo, más crítico en la vida del Señor. En el capítulo undécimo de este Evangelio, le había devuelto la vida a Lázaro, rompiendo en mil pedazos la campana de silencio con la que el sanedrín pretendía cubrir su acción. En consecuencia, los líderes judíos dispusieron sacrificarlo por el bien de la nación: «Y aquel día decidieron darle muerte» (Jn 11, 53).

Sin embargo, Jesús «excita su ardor como un guerrero» (Is 42, 13) y, después de una rápida

retirada estratégica, regresa a Betania, donde María lo une por segunda vez con purísimo perfume de nardo. El domingo siguiente entra triunfalmente en Jerusalén, siendo aclamado por la multitud que cubría el camino con ramos de palmeras. ¡La provocación no podía ser más osada! El divino Caballero iba al encuentro de su dolorosa Pasión, a tal punto que los fariseos se decían a sí mismos: «Veis que no adelantáis nada. He aquí que todo el mundo le sigue» (Jn 12, 19).

Y es en Jerusalén, tras la apoteósica entrada del Señor a lomos de un pollino, donde los griegos allí presentes con ocasión de la Pascua piden verlo.

El premio de la adoración

En aquel tiempo,²⁰ entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos.

Con toda probabilidad, ese grupo de griegos estaría compuesto de prosélitos, es decir, gentiles en vías de conversión al judaísmo. Movidos por un buen sentimiento para seguir la religión revelada, habían adquirido las costumbres de la Antigua Alianza y decidieron subir a Jerusalén con motivo de la solemnidad. Sin saberlo, serían testigos de la Pascua más importante de la historia, la verdadera Pascua del Señor.

Así eran premiados quienes habían abandonado la ignorancia politeísta para abrazar la religión del Dios vivo. Cuando subieron a adorar a Dios, se encontraron con alguien que valía mucho más que el Templo y que estaba listo para llevar a cabo su sacrificio como sumo sacerdote de los nuevos tiempos, ofreciéndose a sí mismo como víctima de propiciación por los pecados, no sólo del pueblo elegido, sino de toda la humanidad.

Humildad y amor

²¹ Éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». ²² Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús.

Es interesante señalar la actitud de los griegos de no buscar al Señor directamente, sino a través de uno de los Apóstoles. A su vez, Felipe, a quien habían interrogado, actúa de manera similar y acuerda con Andrés, el hermano de Simón Pedro, la mejor manera de transmitir al Maestro la petición de aquellos prosélitos.

Cuando carece de humildad, el amor pierde su llama, pues el orgullo vuelve al hombre im-

portuno y maleducado. En estos versículos, por el contrario, vemos la armoniosa conjunción de la caridad con el temor reverencial. Los griegos no se dirigen al Maestro, sino al discípulo, y éste acude al Señor en compañía de alguien más representativo, proporcionando, además del probable encuentro omitido por el evangelista, uno de los discursos más profundos y bellos de Jesús. Con razón afirma San Pablo: «La caridad no presume, no se engríe; no es indecorosa» (1 Cor 13, 4-5).

La hora de la gloria

²³ Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre».

San Agustín² afirma que la gloria es el conocimiento claro y laudatorio. Cuando algo bueno se manifiesta de una forma patente y provoca la exclamación entusiasta de quien lo admira, entonces hay gloria. En consecuencia, afirmar que había llegado la hora en que el Hijo del hombre sería glorificado significaba principalmente que el secreto de la divinidad de Cristo, revelado sólo a sus discípulos, sería accesible a la multitud.

Llama la atención que esa «hora» es la de la cruz y, por tanto, del auge de la humillación y del desprecio. ¿Cómo iba a ser posible manifestar la gloria divina en medio del fracaso? No obstante, así fue. San Mateo narra que, ante lo sucedido en el momento de la muerte del Señor, «el centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios*» (Mt 27, 54).

Los griegos deseaban ver a Jesús; pero sólo después de la Pasión, al contemplar las pompas fúnebres con las que el Padre eterno, a través de la sacudida de los elementos, solemnizaba la muerte de su Hijo, fue cuando algunos paganos abrieron los ojos al resplandor de la divinidad hasta entonces escondida. De manera admirable y sorprendente, el sangriento misterio del Gólgota se convirtió, de hecho, en la hora de la gloria del Hijo encarnado.

Jesús es la divina semilla

²⁴ «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infértil; pero si muere, da mucho fruto».

El Señor les explica a sus discípulos la importancia de dar la propia vida por la causa de Dios. Él lo hará en la cruz, y cada uno de sus seguido-



Reproducción

«Lamentación sobre Cristo muerto», de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

res deberá hacerlo por su parte, según el designio de la Providencia. La muerte pierde así su marca trágica y se transforma en causa de esperanza, gracias al martirio sufrido por Cristo.

Santo Tomás³ comenta que Jesús se presenta a los suyos como la semilla destinada a dar fruto: si Él no muriera, no se lograrían los efectos de la Redención. Entre ellos, el Angélico enumera tres: la remisión de los pecados —«Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conduciros a Dios» (1 Pe 3, 18); la conversión de los gentiles —«Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32); y la apertura de las puertas del Cielo, el acceso a la gloria por parte de la humanidad regenerada por la fuerza de su sangre —«Teniendo libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que Él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, acerquémonos con corazón sincero» (Heb 10, 19-20).

¿Perder la vida para conservarla?

²⁵ «El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna».

He aquí un principio que aterriza a los hombres carnales y mediocres: es necesario morir para conservar la vida. Además de parecer contradictorio, exige el máximo sacrificio para alcanzar la eternidad feliz, lo que causa incomodidad y hastío a quienes viven como brutos, con

Él se presenta a sus seguidores como la semilla destinada a dar fruto: si no muriera, no se lograrían los efectos de la Redención y su gloria no se manifestaría a las naciones

la mirada puesta en la tierra. Los que aspiran a las cosas del Cielo, por el contrario, escuchan esa máxima del Señor como un clarinazo divino que los llena de esperanza y ardor.

Él mismo pondría en práctica esta enseñanza, afrontando su muerte ignominiosa para conquistar el triunfo de la Resurrección, como recuerda San Pablo: «Corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios» (Heb 12, 1-2).

Pero ¿qué vida se pierde y cuál es la que se gana? Se pierde la vida temporal, se gana la vida eterna. Se abandonan los deleites pasajeros ligados a la buena fama, al confort, a la seguridad y a los placeres ilícitos opuestos a la virtud angélica para abrazar una vida austera, marcada por la lucha y la persecución, que implica, en cierto modo, morir para el mundo aun permaneciendo en él. A los que abrazan este género de muerte, les está reservada la verdadera vida: el Cielo; mientras que los apegados a los deleites de una existencia volúptuosa perderán su alma para siempre en las terribles y siniestras profundidades del infierno.

No hay mayor honra

²⁶ «El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará».

Los discípulos deben entender el servicio al Maestro como un seguimiento. En el Evangelio, *seguir* significa *imitar* y, por tanto, cada uno de los fieles debe proponerse ir tras las huellas del Señor hasta la cumbre del propio Calvario, habiéndolo dado todo. Quien así obre será honrado por Dios, como explica Santo Tomás: «El Padre dice: “honro a los que me honran” (1 Sam 2, 30). Por tanto, el que sirve a Jesús, buscando no sus propios intereses, sino los de Jesucristo, será honrado por el Padre de Jesús».⁴

Cuántos se afanan por llevar a cabo notables sacrificios para ganarse el aplauso de los hombres, que acaban resultando efímeros e inconsistentes. ¿No vale mucho más la pena luchar para conquistar las honras del buen Padre celestial? Éstas nos llenarán de felicidad sin mancha por toda la eternidad. Que cada cual haga su elección.

La sublime y trágica hora de Jesús

²⁷ «Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora».

El Señor les manifiesta su angustia a sus discípulos, esperando de ellos quizás algún consuelo. Su hora será a un mismo tiempo sublime y trágica.

Sublime porque en ella se hará evidente el amor de Dios por los hombres. Suspendido en la cruz y cubierto de llagas, Jesús le mostrará al género humano hasta qué extremo de radicalidad llega su caridad y la del Padre para con los pecadores.

Pero la hora de Jesús también será trágica, porque precisamente esto sucederá en medio de un océano de horribles sufrimientos. Sin dolor no hay amor verdadero en este valle de lágrimas. El sacrificio de sí mismo llevado hasta el último límite es la única prueba de un amor desinteresado y santo.

La cruz y la gloria

²⁸ «Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del Cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo».

La súplica de Jesús es como un grito de guerra. Ante la dramática perspectiva de la Pasión que se acerca, su espíritu no se deja dominar por el miedo; más bien, lleno de santa valentía, le pide al Padre que realice la obra de la Redención con todo lo que encierra de sangriento y humillante. Y en esto, precisamente en esto, consiste la gloria del Padre. En las llagas, en el desprecio y en la muerte, el nombre del Padre, que es el Verbo eterno, se manifestará de manera resplandeciente a través de la humanidad desfigurada del Señor.

Llama la atención la respuesta del Padre, pues expresa la relación de las tres Personas de la Trinidad antes y después de la Encarnación. El Padre, engendrando al Hijo y amándolo con dilección eterna en el Espíritu Santo, glorificó a su Verbo rodeándolo de cariño infinito. También en la cruz, en medio del aparente abandono y aniquilación, el Padre colmará a Jesús de afecto en el Paráclito, por su entrega sin límites y su piedad filial.

Si deseamos ser amados por Dios, ya conocemos el camino: pidamos fuerzas para recorrer la vía del dolor hasta el extremo, y entonces habremos vencido y conquistado la corona inmarcesible de la gloria.

He aquí un principio que aterroriza a los hombres carnales y mediocres: es necesario morir al mundo y a sus placeres, para conservar la vida eterna y ganar el Cielo

No todos distinguen la voz del Padre

²⁹ La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. ³⁰ Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros».

La multitud no distingue con nitidez la voz del Padre, porque sus oídos interiores no están preparados para captar la tesitura divina, excepto en sus accidentes. Algunos escuchan un sonido como de un trueno, que indica la grandeza imponente y amenazante de Dios, especialmente sugerente para quienes no viven de acuerdo con sus leyes. Otros lo perciben como una comunicación sobrenatural, pero lo atribuyen a un ángel. Son incapaces de intuir la divinidad de Jesús y lo consideran menos de lo que realmente era: un gran profeta en la mejor de las hipótesis, nunca el Hijo del Altísimo.

Sin embargo, la voz del Padre se hace oír por ellos, para salvarlos. Pidamos la gracia de tener

nuestros oídos interiores siempre abiertos a las sugerencias divinas, que no dejan de llamar a nuestra puerta con el propósito de guiarnos a la verdad completa.

La cruz juzga, derrota, atrae, triunfa

³¹ «Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. ³² Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

³³ Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.

Haciendo referencia al tipo de muerte que le correspondería por determinación del Padre, Jesús anunció el juicio del mundo. ¿Qué significa eso? Siendo la más resplandeciente manifestación del amor, la cruz se convertiría en el parámetro de la radicalidad exigida a los hombres en el cumplimiento de los dos mandamientos que resumen toda la ley. Ya

no se podría amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo sin abrazar el dolor y el sufrimiento, con un entusiasmo similar al de Jesús al cargar el sagrado leño y dejarse clavar en él. Quien amara la cruz sería considerado justo, quien la odiese compraría su propia condenación.

La cruz también manifiesta la derrota del demonio, príncipe de este mundo. En ella el Hijo de Dios se humilló, haciendo obediencia hasta la muerte. Con su perfecta sumisión teñida de sangre, el Señor reparó el pecado de nuestros primeros padres y destruyó el imperio del impostor por excelencia, que es Satanás. A partir de entonces, quien abrazase la cruz con fe y determinación, jamás podría ser vencido; al contrario, aplastaría y pisotearía al enemigo infernal.

Finalmente, el evangelista menciona la fascinante belleza de la divina Víctima clavada en la cruz, capaz de atraer a todos hacia sí. El poder de atracción del amor es incalculable, y no hubo, ni habrá un amor tan extremado, tan generoso, tan heroico como el del Cordero inmolado. Entonces, ¿cómo lo rechazan tantos hombres? He aquí el misterio de la iniquidad: ¿quién puede entender el pecado? (cf. Sal 18, 13).

Siendo la manifestación más resplandeciente del amor, la cruz se convertiría en el parámetro de la radicalidad exigida a los hombres en el cumplimiento de los dos mandamientos que resumen toda la ley



«La Crucifixión», de Fra Angélico - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

La verdadera gloria sólo nace del dolor

Plinio Corrêa de Oliveira

Alo lejos, una multitud asiste —con su habitual entusiasmo, como es normal— a un desfile de los granaderos de la reina en uniforme de gala.

Desde hace mucho tiempo, las tácticas militares hicieron inútiles uniformes como éste: pantalones negros, dolmanes rojos con cinturón y adornos blancos, guantes blancos, un gran gorro de piel. Pero se conserva con fines morales: mantener la tradición del ejército y hacer que el pueblo sienta el esplendor de la vida militar.

La gloria, de hecho, ha de expresarse a través de símbolos. Dios se sirve de ellos para manifestarles a los hombres su propia grandeza. Y en esto, como en todo, debemos imitar a Dios. Ahora bien, el uniforme de los granaderos, su marcha impecablemente acompañada y alineada, la ufanía con que el abanderado porta el

pendón nacional y el guía indica la dirección de la marcha, el redoble de los tambores y el toque de las cornetas, todo en una palabra expresa la belleza moral inherente a la vida militar: elevación de sentimientos, abnegación hasta la sangre, fuerza para emprender, arriesgar y vencer, disciplina, gravedad, heroísmo en definitiva.

Hay gloria, y verdadera gloria, brillando en todo este ambiente.

Pero, después de todo, ¿la gloria es eso? ¿Consiste en vestir un uniforme anacrónico, ejecutar maniobras que ya no tienen ninguna correspondencia real con la batalla moderna, tocar tambores y cornetas y pisar firmemente en el suelo para adquirir para uno mismo y dársele a los demás la impresión de que uno es un héroe? ¿Avanzar «con valentía» sobre un campo sin obstáculos ni riesgos, como quien va al encuentro de un enemigo que no está presente y ganar como recompensa el aplauso embriagador de la multitud? ¿Es eso la gloria? ¡O es teatro, actuación, opereta?

En la segunda fotografía tenemos la otra cara de la gloria militar. Inmerso por completo en la tragedia de la lucha armada, ese joven soldado de la guerra de Corea parece no tener una edad definida. De la juventud, tiene la robustez. Pero el vigor, el brillo, la lozanía han desaparecido. Su piel, curtida por interminables días de sol, noches enteras de viento y tormenta, parece haber adquirido una consistencia no muy distinta a la del cuero. En su vestimenta, ni la más mínima preocupación por la elegancia: todo está diseñado para



«Trooping the Colour» del año 2018

Amar es algo serio y requiere renuncia y dardiviosidad. No todos quieren pagar este tributo y prefieren permanecer cómodamente instalados entre los exiguos muros del egoísmo. ¡Ay de aquellos que rechazan el amor del Crucificado, que se nos muestra claramente! ¡Ay de los que no quieren imitarlo en el amor a Dios y a sus hermanos! Más les valdría no haber nacido, como le fue dicho a Judas, el traidor (cf. Mt 26, 24). ¡Bienaventurados, sin embargo, los

que aman la cruz, porque triunfarán con Jesús por siempre!

III – LA GLORIA DE SUFRIR CON ESPÍRITU SOBRENATURAL

En gran medida, nuestra existencia en este mundo consiste en padecer. La cruz constituyó, sin duda, un desafío de proporciones gigantescas para el propio Jesús, pero Él lo afrontó con la valentía



Soldado comentado por el Dr. Plinio

resguardarse de la dureza del clima y permitir movimientos desembarazados y ágiles, en el barro, en el monte, en las laderas de los cerros, bajo la acción implacable de los bombardeos.

La lucha, la resistencia y el avance son los objetivos a los que está todo ordenado en este hombre. Su fisonomía hace tiempo que no está iluminada por una sonrisa, su mirada parece inmovilizada en la vigilancia continua contra los hombres y los elementos.

En él no hay preocupación por grandes lances, ni por gestos teatrales. Está centrado en las mil y una trivialidades de la auténtica vida cotidiana de las guerras. No quiere desempeñar un papel importante ni para sí mismo ni para los demás. Quiere la victoria de una gran causa. Esto es lo que explica su seriedad, su dignidad y su fuerza de resistencia.

Está todo él penetrado, hasta las últimas fibras, por un gran cansancio y un gran dolor. Pero un cansancio menor que la inflexible re-

sistencia de alma y cuerpo que lo supera y lo vence. Un dolor conscientemente sentido, y aceptado hasta sus últimos límites y consecuencias, por amor a la causa por la que está luchando.

Ésa es la cara dolorosa y quizás trágica de la vida militar. Ahí es donde reside el mérito, ahí es donde nace la gloria.

Uniformes vistosos, armas relucientes, marchas acompañadas, desfiles ostentosos, cornetas, tambores, aplausos interminables de un público ebrio, todo esto son exterioridades legítimas, incluso necesarias, en la medida en que expresan el deseo de luchar y sacrificarse por el bien común. Pero todo esto no sería más que una opereta si ese coraje no fuera auténtico y demostrado, como lo son, por cierto, los granaderos de la reina Isabel.

Consideraciones de orden natural, sin duda. No obstante, en ellas podemos reunir material para elevarnos a un terreno más alto.

La vida de la Iglesia y la vida espiritual de cada fiel es una lucha incesante. Dios a veces le da a su Esposa días de grandeza espléndida, visible, palpable. Le da a las almas momentos de consolación interior o exterior admirables.

Pero la verdadera gloria de la Iglesia y del fiel resulta del sufrimiento y de la lucha.

Una lucha árida, sin belleza sensible, ni poesía definible. Una lucha en la que a veces se avanza en la noche del anonimato, en el lodo del desinterés o de la incomprendición, bajo las tormentas y el bombardeo desatado por las fuerzas conjugadas del demonio, del mundo y de la carne. Pero una lucha que llena de admiración a los ángeles del Cielo y atrae las bendiciones de Dios. ♦

Extraído de: *Catolicismo*.

Campos dos Goytacazes. Año VII.

N.º 78 (jun, 1957); p. 7.

***Imitemos
a nuestro
Salvador, que
afrontó pade-
cimientos de
proporciones
gigantescas
con la valen-
tía del más
audaz de los
guerreros,
confiando
en el amor
del Padre***

del más audaz de los guerreros, confiando en el amor del Padre. Imitemos a nuestro Salvador.

Él es nuestro modelo, nuestro guía, el camino trazado por Dios para que alcancemos el Cielo, es también nuestra fuerza invencible, nuestro compañero inseparable. Nadie carga con su cruz solo, porque Jesús se convierte en nuestro divino Cireneo.

Confiamos, pues, en su auxilio y en el de su Madre Santísima, Corredentora del género humano, que con Él nos ha salvado de nuestros pecados. ♦

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Ambientes, Costumes, Civilizações: A verdadeira glória só nasce da dor». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año VII. N.º 78 (jun, 1957); p. 7.

² Cf. SAN AGUSTÍN. *Contra Maximinum arianorum episcopum*. L. II, c. 13, n.º 2: PL 42, 770.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Lectura super Ioannem*, c. XII, lect. 4.

⁴ Idem, ibidem.



Amado desde toda la eternidad

A sus elegidos, Dios les da todos los dones necesarios para desempeñar su misión específica. ¿Cuál habrá sido el quilate de los dones celestiales concedidos por el Señor al hombre a quien más amó en la tierra?

✉ Vinicius Niero Lima



Con un bonito juego de palabras, replicado por innumerables santos en los siglos sucesivos, San Bernardo de Claraval nos enseña que «la medida del amor a Dios es amarle sin medida».¹

¡El amor! He ahí la única respuesta que el hombre, creado por un acto de suma gratuidad divina, puede ofrecerle a su Creador a fin de restituirle tamaña benevolencia, aunque de manera imperfecta. Sin embargo, si consideramos no ya el amor que los hombres le tributan a su Dios, sino el cariño de éste para con sus criaturas, vemos que hay una enorme desproporción, una magnitud infinita, pues ¡Él mismo «es amor» (1 Jn 4, 8)!

Cuando alguien inferior ama a otro de categoría superior, aquel se configura con éste;² por el contrario, cuando un ser superior se inclina sobre uno inferior, lo atrae hacia sí, elevándolo a su condición. Así, cuando Dios ama a sus criaturas, acaba por conformarlas a su imagen. Para ello, les concede todo el caudal de dones y gracias que necesitan para desempeñar las misiones específicas y sobre-

naturales que les confía, como explica Santo Tomás de Aquino.³

El caso arquetípico de esa liberalidad divina se encuentra en la persona de María Santísima. Quiso el Creador que Ella fuera inmaculada en su Concepción, virgen antes, durante y después del parto, y que nunca padeciera corrupción alguna en su cuerpo ni en su alma. Dones altísimos, a Ella concedidos con miras a la singularidad absoluta de la Maternidad divina.

Primeros predestinados con vistas a la Redención

A esta relación de amor entre Dios y su excelsa Madre, Hija y Esposa, se asocia alguien elegido para una misión muy especial en el misterio de la Encarnación: San José.

A los ojos de Dios, la Sagrada Familia de Nazaret participa en el mismo plan salvífico de Dios, desde el decreto de predestinación, único para Jesús, María y José, que son, de modo conjunto y jerárquico, los primeros predestinados con vistas a la Redención.⁴ Así, ante el egregio llamamiento que recibió San José —nada menos que velar por los mayores tesoros de

Dios—, nos preguntamos: ¿con qué dádivas y gracias no habrá sido enriquecida su alma?

Algunos teólogos, como el cardenal Lépicier,⁵ con la finalidad de trazar el perfil moral de este insigne varón, explican que su grandeza deriva de tres fuentes: primeramente, de sus relaciones con el Verbo Encarnado; en segundo lugar, de sus relaciones con la Santísima Virgen; y, por fin, sus relaciones con la Santa Iglesia.

Analicemos, pues, aunque sea de un vistazo, los incomparables dones que el Señor confió a su castísimo padre, para que admiremos mejor el alcance de ese triple llamamiento.

Participación en la unión hipostática

El orden de la creación encuentra su apogeo en la unión hipostática del Hombre-Dios, en el que la naturaleza humana y la divina están unidas, como en un soporte, en la Persona del Verbo. De esa unión, sólo la santísima humanidad de Jesucristo participa de modo absoluto. Nuestra Señora, a su vez, participa de ese orden de manera extraordinaria e intrínseca,

no sustancial sino real, por su cooperación necesaria en el plan divino de la Encarnación.

Junto con María, San José fue llamado a pertenecer de una forma muy cercana a esa altísima realidad, dado su papel directamente vinculado a la Persona del Redentor. Como subraya nuestro fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, en su obra *San José: ¿Quién lo conoce?...*⁶ la cooperación del Santo Patriarca para la concepción de Cristo no se produjo desde un punto de vista biológico, sino moral, que es el aspecto más noble. Así, esta cooperación con el plan de la unión hipostática fue verdadera, moralmente necesaria e íntima, pues, por su disposición de cumplir la voluntad divina con toda radicalidad y en detalle, se puede afirmar que, de modo implícito, acató en la alegría de su alma el plan de Dios sobre la concepción virginal, aunque no lo conociera en los pormenores.

Además, si San José no hubiera aceptado casarse con María, el Verbo Encarnado no habría podido entrar en el mundo como lo quiso el Creador desde los inicios de la humanidad, es decir, en el seno de una familia bien constituida. Sólo su consentimiento haría posible que Nuestra Señora fuera Virgen y Madre de manera digna y conveniente; y que él, por el derecho a todo lo que le pertenecía a su esposa, fuera también virgen y padre, o mejor dicho, padre virginal de Jesús, «el título más perfecto para referirse a su relación con el Hijo de Dios».⁷

Un «dios» para el propio Dios

También debe ser considerado como padre *real* del Señor. En primer lugar, porque las palabras de Dios no sólo simbolizan, sino que, al gozar de eficacia propia, realizan de hecho lo que significan. Ahora bien, Jesús evidentemente le llamó «padre» a San José, lo que es, en sí, una prueba flagrante de su verdadera paternidad. Además, la misma Virgen Santísima

confirmó la paternidad virginal de su esposo cuando encontró al Niño Jesús en el Templo y le dijo: «Tu padre y yo te buscábamos» (Lc 2, 48).

Otros pasajes de las Escrituras prueban asimismo que la paternidad de San José es real, y no sólo simbólica o jurídica. San Mateo, por ejemplo, enumera la genealogía de Cristo a partir del Santo Patriarca (cf. Mt 1, 16), porque para el pueblo judío la herencia siempre provenía del varón. Y el ángel le confía a José el cometido paterno de imponerle el nombre a Jesús (cf. Mt 1, 21), tarea sencilla, pero en la que está consignada todo el oficio paterno del esposo de María.

De esta prerrogativa legal concedida a San José se deriva su autoridad



Dios llenó el corazón de San José de un amor arraigado por su divino Hijo, superior al de cualquier otro padre

San José con el Niño Jesús - Catedral de San Andrés, Burdeos (Francia). En la página anterior, «Coronación de San José», de José Ibarra - Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán (Méjico)

dad sobre el Hijo unigénito del Padre eterno. Nos encontramos, pues, ante la inmensa majestad de un hombre «encargado de la conducta de un Dios y colocado como superior de aquel en cuya presencia la más elevada de las criaturas, las supremas jerarquías angélicas, los serafines y los querubines, se prostran y se aniquilan, arrojando sus coronas a sus pies».⁸ En la hermosa expresión de Thompson, «José estaba, en cierto modo, designado a ser un dios para Dios mismo».⁹

Capacidad de amar «proporcionada» al Hijo de Dios

En el corazón de un padre verdaderamente digno de ese nombre hallamos un arraigado amor por su hijo. ¿De qué manera, no obstante, podría un hombre tributarle a su propio hijo el amor debido a un Dios, como ocurrió con San José? Ya hemos dicho que la Divina Providencia siempre les concede a sus elegidos todas las gracias necesarias para el cumplimiento de una misión específica. Así, «Dios ha otorgado también a José el amor correspondiente, aquel amor que tiene su fuente en el Padre, “de quien toma nombre toda familia en el Cielo y en la tierra” (Ef 3, 15)».¹⁰

Por eso algunos autores llegan a afirmar que en San José había una capacidad de amar, en cierto modo, proporcional al Hijo de Dios: «O [Dios Padre] formó en José un corazón enteramente nuevo o infundió una superabundante ternura en el corazón que ya poseía. Ciento es que Dios lo colmó de un amor que sobrepasa en generosidad y fervor al de cualquier otro padre, pues era necesario que el amor paternal de José alcanzara una medida proporcionada a las perfecciones de este adorable Hijo».¹¹

Por lo tanto, a pesar de no haber contribuido biológicamente a la generación de Jesús, San José lo amó como ningún padre jamás amó a su hijo en toda la historia. Lejos de disminuir su afecto, la virginidad inma-

culada de este santo varón lo dilató y purificó, porque al tener un corazón puro, nada terrenal o humano interfirió en el cariño paternal que le consagraba al Niño Dios.

Embajador del Espíritu Santo ante María

La tercera Persona de la Santísima Trinidad también actuó de manera eminente con relación al Santo Patriarca respecto de la Encarnación. Nuestra Señora es Esposa del Espíritu Santo, ya que concibió por obra suya (cf. Mt 1, 20; Lc 1, 35). Pero María es igualmente esposa, y esposa real, de José. ¿Cómo se explica esta paradoja? Al ser invisible, el Paráclito le concedió a su virginal Esposa, como sustituto, un esposo visible, que debería acompañarla a todas partes y prestarle un fiel servicio.¹² Como dijeron algunos teólogos josefinos, fue un «vice-Paráclito».

Y hay más. El Santo Patriarca fue el modelo adoptado por Dios para la generación de la humanidad de Jesús. Por tanto, el divino Espíritu Santo hizo que el temperamento, las disposiciones y las inclinaciones de José, así como su propia apariencia física, se parecieran lo más posible a los del Salvador. Tal semejanza era de innegable conveniencia para que Jesús fuera, a los ojos de todos, considerado el hijo real de San José.¹³

Intercambio de corazones con la Reina de los ángeles

Todos los privilegios del Santo Patriarca analizados hasta ahora derivan, en cierto modo, de su matrimonio con la Virgen Santísima. Tanto su paternidad virginal como su participación en el plan hipostático sólo fueron posibles gracias al verdadero y real connubio contraído entre ellos.

Aunque hay quien pone objeciones a la perfección de esa unión, to-

das las condiciones requeridas para la autenticidad del matrimonio están reunidas en ella: el consentimiento y la donación que los cónyuges hacen recíprocamente de sí mismos, el significado espiritual de esa unión —que representa el desposorio entre Jesucristo y la Iglesia (cf. Ef 5, 32)— y el Hijo.¹⁴

Sabemos que el casamiento no consiste únicamente en una mera unión material, sino también, y sobre



El Paráclito le concedió a su Esposa un esposo visible, al que adoptó como modelo para la generación de la humanidad de Jesús

«Los desposorios de la Virgen», de Juan Correa - Museo de Antequera (España)

todo, en el estrecho vínculo que produce, entre los cónyuges, «la unidad de los corazones, de los espíritus, de los sentimientos y de los afectos».¹⁵ Para Santo Tomás,¹⁶ la esencia misma del matrimonio consiste en esa unión indisoluble de las almas. ¿Qué podemos decir entonces del desposorio virginal entre José y María? Como Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP afirma, era tal la afinidad

entre ambos que hubo un verdadero intercambio de corazones, «por el cual las gracias que habitaban en el interior de uno, las vivía el otro en el suyo, permitiéndoles así compartir los mismos anhelos».¹⁷

Inmaculado en su concepción, y corredentor

Un hombre llamado a tener tal relación con Nuestra Señora solamente podría estar a una altura moral que escapara a cualquier estándar humano. Ciertamente no era apropiado que la Reina de las vírgenes conviviera con un varón manchado por la concupiscencia y sujeto a los desórdenes del pecado: «Si sólo a los ángeles les fue dado cuidar del paraíso terrenal después del pecado, lo normal sería que Nuestra Señora fuera desposada por un hombre angélico»,¹⁸ ya que Ella es el Paraíso del Nuevo Adán.

Entonces, siguiendo la hipótesis teológica de la cual Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, es un ferviente partidario, podemos conjeturar que, así como la Virgen Santísima estuvo exenta de la mancha del pecado original con miras a su maternidad divina, también le convenía a San José —por un don subordinado al privilegio de la Inmaculada Concepción de María, que es exclusivo de Ella— la preservación de toda mancha de pecado, a la vista de su paternidad virginal y de su cooperación con el Salvador y su Madre en la obra de la Redención.

El P. Llamera recuerda que la cooperación redentora de San José «es muy real y objetiva, a la vez que singular [...]. Si consideramos el libre consentimiento que prestó a los planes divinos, aceptando su ministerio, sobre cuyo contenido le fueron dadas luces muy particulares, no cabe duda de que su intención abarcó directa-

mente la entrega de sí mismo para la empresa de regenerar a los hombres».¹⁹

De esta forma, San José, al tener una misión tan estrechamente ligada a la de María Santísima, no sólo habría sido immaculado en su concepción, sino que también habría recibido el ministerio de corredentor.²⁰

Patriarca de la Santa Iglesia

Todavía nos queda considerar un aspecto muy importante de la misión de San José: el que había sido llamado a custodiar en la tierra «las primicias de la Iglesia»,²¹ debía continuar, desde el Cielo, su oficio junto al Cuerpo Místico de Cristo. En otras palabras, por el hecho de ser padre de Jesús, José debía ser también padre de la Iglesia, pues la cabeza no puede separarse de sus miembros.²²

«Y cómo se ejerce ese oficio? De manera paralela a la maternidad espiritual de María para con todos los hombres, San José posee un incalculable desvelo paternal con cada uno de nosotros. Se preocupa, como un buen padre, de nuestras necesidades, corrige nuestros defectos y pecados y nos defiende de nuestros enemigos, especialmente del demonio y sus insidias.

«José era justo»

Cuanto mayor sean los dones recibidos de Dios, mayor serán la gratitud y el amor a Él debidos. ¡Y con qué generosidad los tributó San José!

Al calificarlo como varón «justo» (Mt 1, 19) en las Escrituras, el Espíritu Santo señaló el inmenso grado de caridad que inundaba su alma inmaculada, ya que «un justo es, fundamentalmente, un hombre entregado; es un hombre que reconoce haberlo recibido todo y que, en consecuencia, se considera obligado a devolverle a Dios el honor, la gloria, la alabanza, la adoración y la gratitud por todo lo que ha recibido [...]. En una palabra: ser justo es ser santo».²³

Santidad: he aquí la manera por la que podemos rendirle a Dios un amor sin medida. Es lo que nos enseña la vida del Glorioso Patriarca; es lo que él, sin duda, desea ardientemente para cada uno de nosotros desde lo alto del Cielo, desde junto a su Hijo divino y su Esposa Santísima. ♦



Gustavo Kralj

Aquel que en la tierra custodió «las primicias de la Iglesia» debería continuar, desde el Cielo, su oficio junto al Cuerpo Místico de Cristo

San José, Patriarca de la Santa Iglesia - Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, Roma

¹ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. «Tratado sobre el amor a Dios», c. VI, n. 16. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1993, t. I, p. 323.

² Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ. «Subida del Monte Carmelo». L. I, c. 4, n.º 3. In: *Vida y obras*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 1964, p. 371.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 27, a. 4.

⁴ Cf. FERRER ARELLANO, Joaquín. *San José, nuestro Padre y Señor*. Madrid: Arca de la Alianza, 2007, p. 24.

⁵ Cf. LÉPICIER, OSM, Alexis Marie. *São José, esposo*.

doa Santíssima Virgem Maria. Campinas: Ecclesiæ, 2014, p. 38.

⁶ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *San José: ¿Quién lo conoce?*... Madrid: Asoc. Reina de Fátima, 2017, pp. 192-194; 199.

⁷ Ídem, p. 195.

⁸ THOMPSON, Edward Healy. *Vida e glórias de São José*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2021, p. 378.

⁹ Ídem, ibidem.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II. *Redemptoris custos*, n.º 8.

¹¹ THOMPSON, op. cit., p. 409.

¹² Cf. Ídem, pp. 229-230.

¹³ Cf. Ídem, pp. 220-221.

¹⁴ Cf. MESCHLER, SJ, Mauricio. *São José, na vida de Cristo e da Igreja*. Rio de Janeiro: Vera Cruz, 1943, p. 95.

¹⁵ Ídem, ibidem.

¹⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 29, a. 2.

¹⁷ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 334.

¹⁸ CLÁ DIAS, *San José: ¿Quién lo conoce?*..., op. cit., p. 40.

¹⁹ LLAMERA, OP, Bonifacio. *Teología de San José*. Madrid: BAC, 1953, p. 154.

²⁰ Cf. CLÁ DIAS, *San José: ¿Quién lo conoce?*..., op. cit., p. 204.

²¹ SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ. «Oração do dia». In: MISSAL ROMANO. Trad. portuguesa da 2.ª edição típica para o Brasil realizada pela CNBB com acréscimos aprovados pela Sé Apostólica. 19.ª ed. São Paulo: Paulus, 2015, p. 563.

²² Cf. CLÁ DIAS, *San José: ¿Quién lo conoce?*..., op. cit., p. 412.

²³ SUÁREZ, Federico. *José, esposo de María*. Lisboa: Reis dos Livros, 1986, p. 50.

San José, el padre perfecto!

¡Cuánto consuelo tuvo el divino Infante cuando descansó por primera vez en el regazo varonil y paternal de San José!

Desde la eternidad, había sido preparado para ser la representación de Dios Padre ante el Hijo que se había encarnado.



Hna. Clotilde Thaliane Neuburger, EP ☸



Teresita Morazzani

Muchas almas, a lo largo de los siglos, se han deleitado al considerar la alegría y el encanto del Niño Dios mecido por primera vez en los maternales brazos de María Santísima. ¡Cuánto gozo debió sentir Jesús bebé en ese momento, viéndose envuelto del amor purísimo de su santa Madre, creada por Dios para encarnarse en Ella y redimir a los hombres, restaurando la obra de la creación!

Pocos, no obstante, se acuerdan de contemplar el consuelo que recibió el divino Infante al descansar por primera vez en el regazo varonil y afectuoso de su padre virginal que, aun no habiéndolo engendrado según la carne, había sido elegido por el Padre celestial para que fuera su representación ante la segunda Persona de la Santísima Trinidad que se hacía hombre.

La figura de José en el caleidoscopio del Antiguo Testamento

A semejanza de María Santísima, el Santo Patriarca fue prefigurado varias veces en el Antiguo Testamento, al estar íntimamente ligado al misterio de la Encarnación. En efecto, a lo

largo de los milenios que precedieron al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Dios Padre fue «modelando» e «idealizando» la imagen del varón y del padre perfecto, que más tarde florecería en la excelsa figura de San José.

Leyendo la Sagrada Escritura, nos admiramos de la santidad del justo Abel, que ofreció a Dios las primicias de su rebaño e inauguró el culto divino (cf. Gén 4, 1-4); o de la fidelidad de Noé que, habiendo creído en la palabra divina, construyó un arca para salvar del castigo del diluvio a los animales de cada especie y a los elegidos (cf. Gén 6, 8-22).

También Abrahán, ya anciano, recibió de Dios una promesa: el nacimiento de un hijo cuya descendencia sería más numerosa que la arena de la playa y las estrellas del Cielo (cf. Gén 15, 4-5). Porque creyó, engendró con Sara, hasta entonces estéril, a Isaac, a quien más tarde el Señor mismo exigiría que fuera ofrecido en sacrificio... ¡Oh, sublime prueba de fe y de fidelidad! Dispuesto a cumplir el mandato divino, Abrahán ¡inmoló primero su corazón de padre! Y de ese

acto de amor supremo a Dios floreció el cumplimiento de la promesa que le había sido hecha (cf. Gén 22, 11-8).

Jacob, hijo de Isaac, varón predilecto a quien Dios le reveló que bajaría a la tierra por una misteriosa escalinata que su descendencia conocería (cf. Gén 28, 10-14), engendró a varios hijos, entre los cuales se destacó José, que fue vendido a Egipto por sus hermanos y acabó convirtiéndose, tras muchas dificultades, en gobernador y dispensador de todos los bienes del faraón (cf. Gén 41, 37-45).

Un poco más adelante, vemos la elección de Moisés para liberar al pueblo hebreo de la esclavitud egipcia y recibir de Dios, en el monte Sinaí, la alianza y las tablas de la ley. Las Escrituras le atribuyen este admirable elogio: «No surgió en Israel otro profeta como Moisés, con quien el Señor trataba cara a cara» (Dt 34, 10).

Consideraremos asimismo a Elías, el varón ígneo que jamás pactó con los desvíos de su época (cf. 1 Re 18, 20-46), siendo el padre espiritual de los profetas y del linaje de almas fieles que perdurará hasta la consumación de los siglos.

Todos estos varones-ley fueron creados para mantener viva a lo largo de los milenios la semilla de la integridad y de la santidad en el pueblo elegido —tan a menudo infiel a su misión—, que culminaría con la venida del Mesías. Para ello, habrían de prefigurar la persona y las virtudes del varón por excelencia que, íntimamente unido al misterio de la Encarnación, sería el padre humano del Salvador esperado.

Elevado en previsión de la venidera Redención

Elegido por el Espíritu Santo como esposo de Nuestra Señora y padre de Jesucristo, el Glorioso Patriarca fue revestido de una incomparable plenitud de gracias y de dones que lo auxiliarían en el cumplimiento de su elevadísima misión.

Bajo el velo de su humildad se escondían virtudes excelsas, concedidas en previsión de los méritos de la Redención, de los que María era la resplandiente aurora. De hecho, por su proximidad a Ella, José fue el primero en beneficiarse de todas las maravillas y riquezas que emanaban de la Reina del universo.

No es de extrañar, por tanto, que en él se encontraran de manera supereminente todas las virtudes que adornaron el alma de los santos del Antiguo Testamento, y que la contemplación de estas virtudes consti-

tuyera para el divino Infante, durante toda la vida oculta de la Sagrada Familia, un verdadero paraíso.

Verificando en el padre las excelencias de la promesa

Aún en el claustro materno, el Verbo eterno contempló en el alma de su padre una generosidad superior a la de Abel, pues, si éste ofreció al Señor las primicias de su rebaño, San José, decidiendo huir porque se hallaba indigno del misterio que involucró a la Santísima Virgen, sacrificó a Dios el mayor de todos los dones: la convivencia con Ella.

Al ver con cuánto amor y cariño cuidaba San José de su Esposa, el Redentor también se conmovió al considerar que a él, como nuevo Noé, Dios Padre le había confiado el Arca que ha-

*A lo largo de los
milenios, Dios Padre
fue «modelando» la
imagen del varón y
del padre perfecto,
que más tarde
florecería en la excelsa
figura de San José*

bía traído la salvación a la humanidad, aquella que era el imperecedero Arcoíris divino que une el Cielo a la tierra.

La fe, que fue la corona de gloria de Abrahán en medio de las mayores perplejidades, resplandecía con un fulgor aún más grande en el alma del Santo Patriarca en cada una de las pruebas y dificultades enfrentadas en el transcurso de la vida de Jesús. Al verlo sentir hambre y sed, sufrir las inclemencias del tiempo o incluso verse obligado a huir de Herodes, entre muchas otras contingencias, creía firmemente en su divinidad, llenando de encanto el alma de su querido Hijo.

«Es más: sabe que la vida de Nuestra Señora y, mucho más aún, la vida de nuestro Señor Jesucristo, están dedicadas a salvar a los hombres y se asocia él a esta finalidad redentora. No es posible que, al estar tan cerca de Jesús y de María, no conociera los designios de Dios acerca de la Pasión. Al contemplar este misterio con profunda interioridad y espíritu profético, antes incluso de que el Señor revelase públicamente que era el Redentor, San José ya lo había discernido. Y como padre suyo en la tierra, acepta la determinación del Padre celestial en silencio y con auténtica resignación, dispuesto, como Abrahán, a ver a su Hijo sacrificado en el altar de la Cruz».¹

A menudo, las santas conversaciones entre sus padres le recordaban al



**Abrahán, Moisés y Noé, de Bicci di Lorenzo – Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.
En la página anterior, San José con el Niño Jesús - Colección privada**

divino Niño el sueño del patriarca Jacob, ya que ellos eran verdaderamente la escalinata por la que Dios había bajado a la tierra. Y rememorando también el sueño de José de Egipto (cf. Gén 37, 9), en el que el sol, la luna y las estrellas se postraban ante él, veía que, en un sentido espiritual, tal presagio se cumplía en su padre José, al cual les obedecían plenamente Él mismo, el Sol de Justicia, su Madre y, en el futuro, toda la Iglesia gloriosa.²

Oyendo otras veces a su padre virginal contarle las demás hazañas de José de Egipto, reflexionaba que este justo, «en la casa de Putifar, dio una prueba notable de castidad heroica; no obstante, terminó siendo relegado durante algún tiempo a la oscuridad de un calabozo y casi fue olvidado. El segundo José dio un ejemplo mucho más sublime de virginidad angelical, desposado como estaba con la más pura de todas las vírgenes»,³ y no bajó, sin embargo, a ninguna prisión, sino que fue elevado «a los asientos más nobles de la Casa del Señor. y en la Corte del Cielo».⁴

A lo largo de los treinta años de su vida oculta, ciertamente Jesús consideró cómo San José era más excelso que Moisés, porque, si éste hablaba con Dios como un hombre habla con su amigo (cf. Núm 12, 8), aquel vivía diariamente con la segunda Persona de la Santísima Trinidad como un padre lo hace con su hijo. Por otro lado, sería también más glorioso que el profeta Elías, ya que comandaría no sólo un linaje de justos, sino los elegidos de toda la historia, como Patriarca y Protector de la Santa Iglesia Católica.

¿Cuál no sería el deleite del Señor, a la edad de 12 años, cuando vio la fuerza de alma «eliática» de San José manifestándose, por ejemplo, en el episodio de la perdida y el hallazgo en el Templo? En este hecho el pequeño Jesús vislumbró dos extremos de heroísmo en su padre: por una parte,



San José con el Niño Jesús - Museo de Arte Religioso, Cuzco (Perú)

Era el padre perfecto: de santidad inmaculada, lleno de cariño, deseoso de educar, solícito en proteger y amparar en todas las necesidades

el celo que demostró en la defensa del Niño Dios contra los doctores de la ley; por otra, su confianza inefable al aceptar con toda fidelidad una «censura» de su propio Hijo divino, incluso sin comprenderlo enteramente: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49).

Según nos enseña Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, «Dios permitió que el Niño Jesús se perdiese y fuera hallado en el Templo para deshacer la idea equivocada de que la vida del hombre debe ser próspera, sin con-

tratiempos ni dificultades, sin sorpresas o contradicciones. [...] Hay un tipo de prueba que Dios pide a aquellos a quienes más llama: la de sentirse aparentemente engañado y abandonado por Él, de modo que hasta aquello que constituye su ideal, su consuelo y razón de ser, a veces parece servirse de un subterfugio para escapar de su compañía. La fidelidad en medio de ese tormento convierte a estos escogidos en verdaderos héroes. [...] Ahora bien, de San José podemos decir que, en esta ocasión, se convirtió en el *héroe de la confianza*».⁵

Para tal Hijo, un padre perfecto!

Sin duda, en todos estos hechos de la vida de la Sagrada Familia, así como en aquellos que sólo sabremos en el Cielo, Dios Niño iba manifestando cada vez más amor por su padre virginal, *alter ego* de su Padre divino, con afecto y admiración nunca conocidos a lo largo de la historia.

Era el padre perfecto: de santidad inmaculada, lleno de cariño, deseoso de educar, solícito en proteger y amparar, fuerte y valiente, soporte en todas las necesidades y peligros.

Sepamos también nosotros seguir las huellas del Jesús Niño: admiremos, amemos y confiemos sin reservas en la protección y en el amparo de San José, el padre perfecto y el amigo siempre fiel que nos conducirá, en medio de las batallas de la vida, al Reino de María, al Reino de los Cielos. ♦

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *San José: ¿Quién lo conoce?...* Madrid: Asoc. Reina de Fátima, 2017, p. 203.

² Cf. THOMPSON, Edward Healy. *Vida e glórias de São José*. Dois Irmãos: Minha Biblioteca Católica, 2021, p. 20.

³ Ídem, p. 21.

⁴ Ídem, ibidem.

⁵ CLÁ DIAS, op. cit., p. 348.

¡Valió la pena haber llorado!

Hay «tiempo para llorar», pondera el Eclesiastés, y hay llantos para cada tiempo, podríamos completar. Las lágrimas forman parte de la vida humana después del pecado original, y a veces se revisten de un carácter sobrenatural. ¿Cómo?

✉ P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP



Qué interesante sería si hubiera un libro titulado: *La teología del llanto*, en el que pudiéramos estudiar en profundidad lo que verdaderamente hay detrás de las lágrimas del hombre, expresión física de los sentimientos de su alma.

En efecto, existen tantos tipos de lágrimas como distintas son las situaciones de la vida. A lo largo de la historia, cuántos llantos no ha habido, cada cual con sus matices, su simbolismo, sus misterios...

Lágrimas para cada tiempo y lugar

Hay quien llora de dolor, de nostalgia, de odio, de miedo. Hay ocasiones en que la angustia o la tristeza, la satisfacción o la alegría extrema se transforman en lágrimas. Incluso hay llantos que expresan ideales realizados o sueños que nunca se cumplirán. ¿Qué decir de las lágrimas de arrepentimiento? Sólo quien ya las ha derramado a la sombra de una gran misericordia, mediante un perdón concedido, será capaz de describirlo. Recordemos, por ejemplo, la admirable escena de María Magdalena lavando con sus lágrimas los pies del divino Maestro (cf. Lc 7, 38). Existen, por tanto, momentos en los que es hermoso llorar.

Hasta el Señor lloró durante su vida terrena, y María Santísima

unió a los sufrimientos del Salvador sus lágrimas de Corredentora del género humano. ¿Qué podríamos considerar de más elevado?

El Hombre-Dios lloró la pérdida de su dilecto Lázaro (cf. Jn 11, 35), un llanto en el que mantuvo toda su grandeza y, al mismo tiempo, expresó toda la emoción que lo conmovía. «¡Cómo lo quería!» (Jn 11, 36), exclamaron los presentes, asombrados ante tal espectáculo de incomparable sublimidad: un Dios que llora la muerte de su amigo.



Con sus preciosas lágrimas, el Señor santificó el llanto de todos los corazones que sufren por amor a Dios

«Cristo con la cruz a cuestas», de Tiziano - Museo del Prado, Madrid

Al respecto, comenta con especial unción Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP: «Cuán humano, sin dejar de ser divino, se muestra en esta ocasión, sobre todo al derramar, también Él, sus preciosísimas lágrimas, santificando así las lágrimas que brotan de todos los corazones que sufren por amor a Dios o que están arrepentidos de sus faltas».¹

En otro episodio —y en otro contexto!— lloró Jesús la dureza de corazón de la Jerusalén deicida (cf. Lc 19, 41), lágrimas, tal vez, de desilusión y de dolor, expresión de un amor totalmente no correspondido...

¿Qué otros detalles podríamos conocer del adorable llanto del Señor? Definitivamente, si existiera, ese sería uno de los libros más bellos jamás escritos en la tierra, que podría llamarse: *Jesús también lloró*.

Una mirada a través de la historia sagrada

Desde el llanto desesperado de Agar en el desierto al ver la inminencia de su muerte (cf. Gén 21, 16), hasta las lágrimas de los ancianos de Éfeso al despedirse por última vez del apóstol San Pablo (cf. Hch 20, 37), la Sagrada Escritura nos ofrece una amplia gama de ejemplos, de los que sacaremos valiosas lecciones.

Meditemos, por ejemplo, en el valor de una oración bañada con

sinceras lágrimas de piedad, como la rezada por Ana, esposa de Elcaná, que suplicó, en medio de la tristeza de su esterilidad, la gracia de tener descendencia y fue atendida, convirtiéndose en la madre del profeta Samuel (cf. 1 Sam 1, 10.20).

Se comprende así el salmo que exclama: «El Señor ha escuchado mis sollozos» (6, 9). Según San Agustín,² las lágrimas son la sangre del corazón, ese sufrimiento profundo que Dios no puede ignorar y que Él recoge en un odre, en la feliz expresión del salmista (cf. Sal 55, 9).

Cuando es Dios quien hace llorar...

Hay todavía otra categoría de llanto: aquel que el propio Dios exige de ciertas almas, a las que alimenta con «pan de lágrimas» (Sal 79, 6). Consideremos, por ejemplo, la enigmática figura de la hija de Jefté (cf. Jue 11, 30-40). Condenada a morir en la flor de su juventud por una promesa de su padre, le pide para ir antes a los montes a llorar su muerte, lamentando el hecho de no llegar a ser antepasada del Mesías.

Es el holocausto del inocente, de quien el Señor se complace en afirmar: «Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares» (Sal 125, 5). Flota sobre ellos la divina promesa de un consuelo sin fin: si en esta tierra se les ha pedido que sufran, Dios «enjugará sus lágrimas» (Is 25, 8) en la eternidad.

Recordemos también uno de los llantos que más marcó la historia de la Iglesia: el del apóstol San Pedro, el sollozo de un traidor arrepentido... En aquella fatídica noche en la que Nuestro Señor Jesucristo fue apresado, el primer Papa negó ser su discípulo cuando lo interrogaron en el patio de la guardia del sumo sacerdote (cf. Mt 26, 69-74). Su falta se

repitió tres veces, en triste cumplimiento de la profecía que el divino Maestro le había hecho: «Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces» (Mt 26, 34).

Sin embargo, esa tercera negación fue también el comienzo de un largo llanto, una mezcla de arrepentimiento y de perdón, que se extendería hasta el final de sus días. De hecho, a causa de esa falta, Pedro, «saliendo afuera, lloró amargamente» (Lc 22, 62) hasta su muerte. Según una venerable tradición, las lágrimas que brotaban abundantemente de sus ojos marcaron su rostro envejecido con dos profundos surcos, fundiéndose en un acto de reparación y de amor ininterrumpido, y haciéndole sentir su corazón purificado y más cercano al Señor a quien una vez había negado.

Una objeción y un llanto infructuoso

Alguien poco habituado a manifestaciones emocionales podría objetar que, al ser una persona de escasas lágrimas, no encajaría en ninguna de las realidades enunciadas en este artículo. Nada más falso. Al igual que existen hemorragias internas que pueden hacer sufrir hasta la muerte, hay cierto tipo

de almas que, sin derramar ninguna lágrima, pueden llorar incluso más de los que con frecuencia tienen esa manifestación externa de emoción.

Además, en materia de lágrimas no se debe confundir *cantidad* con *calidad*, porque si así fuera, habría quienes reclamarían favores divinos sólo con llenar con sus lágrimas un recipiente considerable. Se trata, más bien, de esa «sangre del corazón» de quien sufre con resignación y lo ofrece todo a Dios, esperando de Él el momento de consuelo.

Finalmente, también están las lágrimas infructuosas, que no llegan a ninguna parte, frutos del amor propio y no del amor a Dios. Al ser tan comunes hoy en día, dejamos al lector la oportunidad de sacar sus propias conclusiones sobre el tema...

La desgarradora historia de José de Egipto

No obstante, antes de concluir estas líneas, invitamos al lector a que considere en profundidad un episodio conmovedor narrado en el Libro del Génesis, en el que dos llantos se entrelazan: la historia de José de Egipto (cf. Gén 37-47).

Predilecto de Jacob, de entre doce hijos, José fue víctima de un feroz odio fraternal, avivado por la envidia suscitada por su eminente situación.

En efecto, además de ser amado por su padre, José daba muestras de predestinación divina, y en un movimiento de extrema crueldad fue vendido como esclavo por sus hermanos, terminando en las lejanas tierras de Egipto.

Allí, exiliado y entre paganos, José vivió una auténtica odisea. Guiado por la mano de Dios, pasó de esclavo a empleado, de mayordomo a prisionero nuevamente, y de cautivo ascendió a primer ministro del reino, casi un faraón. Una impresionante historia que supera



Hay distintos tipos de llanto, como las lágrimas del holocausto del inocente o el sollozo del pecador arrepentido

Detalle de «San Pedro llorando ante la Virgen», de Guercino - Museo del Louvre, París

con creces cualquier ficción de nuestros días.

En cierto momento, su familia bajó a Egipto en busca de provisiones y lo encontró ejerciendo como gobernador. Es interesante notar que esa constituyó la fase más peligrosa para él: cuando todo le iba bien, José podría haberse olvidado de su padre y de lo que representaba, es decir, la alianza que Dios había hecho con su pueblo... ¿Había sido fiel?

La respuesta se encuentra en la propia narración del reencuentro, en la que el escritor sagrado no deja de subrayar un detalle: las lágrimas de José. En efecto, cuando reconoce a sus hermanos «rompió a llorar fuerte, de modo que los egipcios lo oyeron y la noticia llegó a casa del faraón» (Gén 45, 2). Fue, por tanto, uno de esos sollozos voluminosos que no se reprimen, porque brotan del fondo del corazón.

¿Qué ocultaba su llanto? Se descubre con la pregunta que hace a continuación: «¿Vive todavía mi padre?» (Gén 45, 3). ¡He ahí la incertidumbre que lo afligía! Después de tantos años de sufrimiento, ¿qué pruebas atravesaban su espíritu? ¿Qué significaban esas lágrimas de abandono, en medio de cada desastre que le sucedía? La pregunta no podía ser otra: «¿Vive todavía mi padre?».

Cuando por fin pudo estrecharlo entre sus brazos, ¡cuántas desolaciones consoladas, cuántas incomprendiciones resueltas, cuántas angustias olvidadas! ¡Cómo debió quedarle claro lo providencial de todos sus sufrimientos!

Jacob, el padre que ama y llora

Vemos, por otra parte, que Jacob también había llorado. ¡Y mucho!

Para ocultar la infamia del crimen, sus hijos le habían dicho que José había sido devorado por un animal. Pero Jacob no creía en la muerte de su hijo, tal vez presintiendo en él un altísimo



Así como José y Jacob, que supieron confiar en Dios en medio del dolor y fueron atendidos, debemos poner nuestro llanto en las manos de la Virgen

Rencuentro de José con su padre Jacob - Baptisterio de San Juan, Florencia (Italia)

designio que Dios deseaba realizar. Es lo que se desprende de sus palabras, al narrar el episodio de su desaparición: «Y pienso que lo ha despedazado una fiera, pues no he vuelto a verlo» (Gén 44, 28). Sabía que si José hubiera sido comido por un animal salvaje, nunca regresaría...

El autor sagrado nos permite entrer en esa expresión *sui generis* «y pienso», que Jacob intentaba convencerse de la tragedia que se había abatido sobre su hijo predilecto, sin comprender cómo se cumpliría la voluntad de Dios a respecto de él. Y es fácil adivinar el profundo sufrimiento que le provocó tal contradicción, las lágrimas que derramó cada vez que lo recordaba...

El llanto de Jacob, por otro lado, alimentaba la esperanza de volver a ver a su hijo perdido, deseando que, dondequiera que estuviera, continuaría siendo fiel.

Dos mensajes, un mismo llanto

Tenemos entonces dos situaciones diferentes. Las lágrimas del padre, como deseando a su hijo: «¡Persevera! ¡Sé fiel!»; y las lágrimas de José, angustiado: «No entiendo nada, todo da errado, pero si mi padre todavía me ama, esto tendrá arreglo».

José temía el olvido de su padre más que todas las desgracias que le sobrevinieron, y Jacob temía haber perdido para siempre a su hijo y la promesa divina; pero como ambos supieron confiar en Dios, de sus sollozos surgió una confirmación en la esperanza. Cuando estos dos llantos se encontraron, purificados por el sufrimiento y por la incomprendición, se transformaron en un mar de consuelo: «José hizo enganchar la carroza y se dirigió a Gosén a recibir a su padre. Al verlo se le echó al cuello y lloró abrazado a él. Israel dijo a José: “Ahora puedo morir, después de haber contemplado tu rostro y ver que vives todavía”» (Gén 46, 29-30).

Lindísima escena es ésa, que las Escrituras recogen para enseñarnos una lección: llorar es normal, sea cual sea el motivo. ¡Pero necesitamos sobrenaturalizar nuestro llanto, transformar nuestras lágrimas en oración, poniéndolas en las manos de la Providencia y confiando que el amor del Padre por nosotros es inextinguible!

Por eso, cuando nos sobrevengan angustias, desentendimientos, tristezas, abandonos, incomprendiciones, miedos... entreguemos con confianza nuestro llanto interno o externo en las manos de la Virgen. Ella irá llenando, con nuestras lágrimas, una copa sagrada que en determinado momento presentará al Sagrado Corazón de Jesús, obteniéndonos gracias que ni siquiera podemos imaginar. ¡Sólo entonces comprobaremos que valió la pena haber llorado! ♦

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio, «La resurrección de Lázaro». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2014, t. I, p. 242.

² SAN AGUSTÍN. «Confessionum». L. V, c. 7, n.º 13. In: *Obras Completas*. 7.^a ed. Madrid: BAC, 1979, t. II, p. 205.

La sublime conquista del vértice del dolor

En su Pasión, Nuestro Señor Jesucristo atravesó todas las formas y grados de dolor, y entró en ellas sin dudarlo, con paso digno, sereno y firme, caminando hacia la cruz como un rey se dirigiría al trono de su coronación.

» **Plinio Corrêa de Oliveira**



Cuando analizamos cada lance de la Pasión, ya sea física o espiritual, notamos que no le ha sido escatimado nada a Nuestro Señor. Entró en el abismo más profundo del dolor con paso de héroe, asumió todos los padecimientos posibles y se presentó resplandeciente de sufrimiento ante la justicia del Padre eterno. Y así salvó al género humano.

Es interesante examinar, punto por punto, el anochecer, el «Oficio de tinieblas» dentro de Nuestro Señor, considerado en el plano de su santísima humanidad.

El clamor de las multitudes, primer paso hacia el patíbulo

Jesús tuvo en el primer año de su vida pública la alegría, la buena acogida, la correspondencia de amor de las multitudes del pueblo elegido que acudía a Él. Sin embargo, sabía que todo esto —aquí entra la amargura— resultaría en un pequeño número de conversiones y provocaría que los fariseos decidieran su muerte.

Si Nuestro Señor hubiera tenido mucho menos seguidores, es posible que no lo hubieran asesinado. Lo mataron a causa del éxito de ese primer año. Y en la muchedumbre que lo adoraba, veía ese feliz resultado como el primer

paso del peldaño que lo llevaría a lo alto del patíbulo. Los Apóstoles y las demás personas no lo percibían; Él, sí.

Aún más. El Redentor veía a este, a aquél, a aquel otro en la plenitud momentánea de la vocación, de la alegría, cuya belleza de alma le encantaba. No obstante, sabía que uno de ellos lo iba a apedrear, otro lo abandonaría, otro más lo calumniaría, se reiría al denigrarlo, insinuando que esa calumnia era verdadera. Nuestro Señor tenía todo esto presente y, por tanto, cargaba con la enormidad de estos tormentos.

Tengo la impresión de que las calumnias sólo empezaron a difundirse después de cierta actividad del sacerdote entre los que lo seguían, entibián-

do a unos y poniendo a otros contra Él, de modo que la multitud apareciera laxa y desunida. Y Jesús vio cómo el crepúsculo de la laxitud bajaba, a medida que aumentaba el número de milagros.

La resurrección de Lázaro: auge de maravillas y sentencia de muerte

En el segundo año, cuando Nuestro Señor había acumulado el castillo de sus maravillas, Él entra en una especie de duelo con la laxitud, porque la muchedumbre trata de escapar de sus manos. Él busca retenerla haciendo maravillas más grandes. Y se enfrenta a esta situación humanamente insoluble: cuantas más maravillas hace, más insensible e indiferente se vuelve la muchedumbre.

Alguien de entre el pueblo podría comentar: «Ha resucitado a un muerto; ¿es lo último que ha hecho?». Y se reiría como diciendo: «Estoy harto de esto, deseo volver a mi vidita. Maravillas, alejaos de mí; ¡Quiero la banalidad!». Y cuando Jesús llevó al augue sus milagros, en la resurrección de Lázaro, tuvo conocimiento de la sentencia de muerte, supo que habían resuelto matarlo. Lo sabía todo y, cuando fue a casa de Lázaro a festejar su resurrec-

*A lo largo de su vida
pública Nuestro Señor
ya sufría, en lo más
íntimo de su Corazón,
con la previsión de
todo lo que sufriría
en la Pasión*

ción, en realidad estaba celebrando la muerte, porque la resurrección de Lázaro fue el comienzo de su muerte.

No sé si se han dado cuenta de lo conmovedor que es todo esto desde el punto de vista de la tristeza. Para usar una expresión errada, pero que significa un poco lo que quiero decir, envenenaba, introducía un sabor amargo en las más legítimas y espléndidas alegrías.

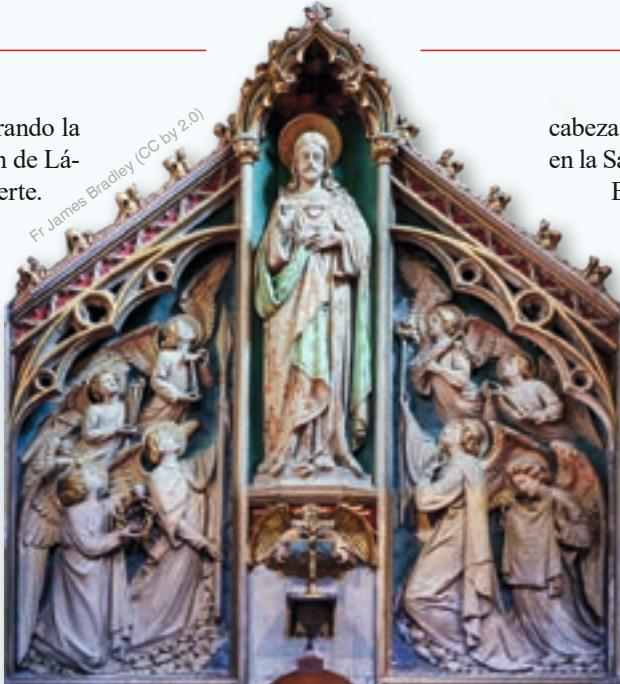
Imaginen el ambiente de la casa de Lázaro, en la cual a Él le gustaba estar, inmediatamente después de su resurrección. Los Apóstoles, la familia de Lázaro, gente del lugar que había ido, lo adoraban. Nuestro Señor sabía que la mayoría de esas manifestaciones quedarían en nada. Y Él, por el bien de aquellas almas, comía del banquete y se alegraba. Sin embargo, en lo más hondo de su Corazón, lloraba, porque comprendía lo que estaba sucediendo. Sólo este episodio constituiría un drama colosal.

También debió sentir la reacción de los que estaban allí: ya no era la misma de antaño, a excepción de Nuestra Señora y algunas Santas Mujeres.

Los acontecimientos se sucedieron y Jesús logró triunfar el Domingo de Ramos; no obstante, percibía el aliento de ese triunfo. Es decir, el pueblo quería aclamarlo; pero no en términos de romper con los fariseos. Esperaba que éstos lo entronizaran y, si no lo hacían, el pueblo les seguiría a ellos. Y prepararon esa celebración para Nuestro Señor —la fiesta de la ingenuidad, no del inocente, sino del blando, tan diferente a la del inocente. Y Él, pasando en medio de aquellos hosannas, sabía perfectamente lo que vendría después.

El rombo del dolor

En todos estos pasos —hay que decirlo— impresiona ver a Nuestro



Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción y los Mártires Ingleses, Cambridge (Inglaterra)

*Nuestro Señor
Jesucristo no sólo
consintió que el
sufrimiento cayera
sobre Él, sino que
enfrentó el dolor de
cabeza erguida*

Señor, por designio del Padre eterno, sufriendo tal dolor y no consintiendo solamente que el sufrimiento cayera sobre sí mismo, sino yendo a su encuentro. Jesús se hundía en el vértice de abajo, más terrible, del rombo del dolor.

La vida humana se puede comparar a un rombo con dos puntas: la de abajo, el dolor; la de arriba, el gozo. Nuestro Señor descendió a lo más hondo del rombo del dolor, en cada uno de esos casos concretos, con una probidad, una integridad y una obediencia que recuerdan el «*Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*» (Lc 1, 38).¹ Llegó hasta el final, con la

cabeza alta, en la actitud que le vemos en la Sábana Santa. Así caminó Jesús.

Esto se vuelve más desgarrador el Jueves Santo, en el que se festeja la culminación de su obra. El divino Salvador instituyó la misa, la Eucaristía, el sacramento de la Penitencia, y con esto el edificio de la Iglesia queda, en cierto sentido de la palabra, concluido.

El pueblo judío estaba de fiesta, conmemorando la travesía del mar Rojo, la Pascua. Y Nuestro Señor, en este ambiente de alegría general, veía ciertamente a los Apóstoles participando de aquella alegría. Él cumple con la fiesta y completa

su obra sin desfallecer. Podemos conjeturar la mezcla de su alegría y tristeza, pues sabía que en pocas horas la gran tragedia comenzaría.

Imaginemos la tristeza del Redentor lavándoles los pies a Judas, a San Pedro, a San Juan, pensando en lo que harían a continuación. Después distribuyendo la Eucaristía y empezando a tener presencia real dentro de cada uno de ellos, tan insignificantes, tan por debajo de su cometido... San Pedro, el príncipe de su Iglesia, ¡haría lo que hizo!

Inflexibilidades del Padre celestial

Una vez terminado el festín, todos los dolores grandes y pequeños confluirán. Empezó la agonía terrible, en la que tuvo la representación de todo lo que sucedería y, en su inteligencia, en su alma santísima, lo quiso con tal integridad que sufrió la desproporción entre el dolor que llegaba y las fuerzas que poseía. Se sintió aplastado. Pese a ello, hizo un acto de sumisión. Sudó sangre y le pidió al Padre eterno: «¡Hágase tu voluntad y no la mía!» (cf. Lc 22, 42).

Nuestro Señor poseía una fuerza divina que nada tiene de común con la

flaqueza; sin embargo, tuvo las apariencias de flaqueza. Dijo «Hágase tu voluntad y no la mía», como quien intuía o conocía que la voluntad del Padre celestial tenía inflexibilidades. Jesús estaba tropezando con una de ellas, en la cual se afligiría. Un ángel llega y le da una fuerza que no era un consuelo para sufrir menos, sino una capacidad para padecer más. Viene entonces el abandono de los Apóstoles y de todo lo que sabemos.

A cada paso, vemos el horror que alcanza lo inimaginable. Él entra en este horror, se reviste de él y bebe el cáliz del dolor. Y eso cada minuto. Por ejemplo, le quitan la túnica, toda empapada de sangre ya seca en algunos partes y, por tanto, pegada a las heridas. A la hora de arrancarla, ¡una dilaceración sin nombre! Estoy seguro de que un hombre, sin las fuerzas que Él tuvo, se volvería loco, moriría de dolor.

Esta túnica presumiblemente fue arrojada al suelo y la sangre preciosa empezó a secarse allí. Patearon, escupieron, pisaron la túnica. Debió haber sucedido lo inimaginable. Ahora bien, dentro del conjunto de tormentos por los que pasó, esto es una bagatela.

En cada uno de estos pasos sucedió lo peor predecible. Él los asumió por completo, sin un minuto de aplazamiento. En ningún momento de la Pasión el Redentor pide que tengan pena de Él y la pospongan un poco para poder respirar.

Incluso el Padre eterno y el Espíritu Santo lo abandonaron

Cuando cae por el peso de la cruz lo hace porque le fallan las fuerzas. En cuanto pudo, se levantó y siguió,

sufriendolo todo con una serenidad única, como si no estuviera padeciendo nada.

Nuestro Señor es obligado a esa acción atroz de caminar cargando su propia cruz hasta el lugar donde el tormento alcanzaría su auge. Es decir, cada paso dado no era para su propia liberación. Porque si le hubieran dicho: «Si subes este monte, en la cima serás liberado», habría sentido alivio. Al contrario, los verdugos parecían afirmar: «Subes ese monte y cuando llegues a la cima tendrás lo peor. ¡Ahora camina!. Sube y a continuación empieza la crucifixión.

Da la impresión de que esto no es nada comparado con lo que vino después, es decir, todo el lento proceso mortal de la crucifixión. Podría morir de apoplejía en cualquier momento. No. Jesús no bebió el cáliz de la muerte



Gustavo Kralj

Santísimo Cristo de las Misericordias - Sevilla (España)

La naturaleza humana del Redentor permaneció en la noche más completa y oscura hasta el gemido final, privándolo de todo consuelo

de un trago, sino gotita a gotita, absorbiendo todo su sabor. Se sintió morir a milímetros, cada uno de ellos era una pequeña muerte.

Nuestro Señor superó cada milímetro hasta el final, y quiso que el mundo supiera que no tuvo consolación alguna en su último gemido. Incluso el Padre eterno y el divino Espíritu Santo lo abandonaron.

La humanidad santísima de Jesús quedó abandonada. La divinidad —unida hipostáticamente a su humanidad— se cerró a Él. Y la naturaleza humana del Redentor permaneció en la noche más completa y oscura, hasta el punto de arrancarle aquel grito indicativo de dos hermosas realidades, la tremenda pungencia del dolor y todo lo que de fuerza aún restaba en aquel hombre: «*Iesus autem iterum clamans voce magna*», y luego «*emisit Spiritum*» (Mt 27, 50).²

Es el auge del dolor, previsto y aceptado de lejos por la preparación del alma para ello.

El paroxismo del dolor

Para hacer una meditación sobre Nuestro Señor Jesucristo es necesario tener en cuenta todos estos aspectos.

Concretamente, consiste en comprender algo paradójico: esta vida es la más terrible que se pueda imaginar, es durísima, pero la persona tiene fuerzas, tranquilidad, estabilidad, limpiezas del alma que ya son, en esta tierra, al menos algo del céntuplo de lo que recibirá en la otra.

El dolor contra el cual la persona camina con paso firme de algún modo disminuye. Cuando lo esquivamos, va creciendo a medida que huimos. Como resultado, vamos menguando y, en el momento de destrozarnos, no somos nada.

Cuanto más el individuo previene de lejos el dolor, menos le dolerá. Y la verdadera ascesis consiste en la larga previsión, poniéndose en manos de la Providencia. No hay otra salida. Y, paradójicamente hablando, tenemos ahí

nuestro cáliz del huerto de los olivos, es decir, el líquido que nos da fuerzas. Esto supone no decir «En la hora del drama seré un héroe», sino «En la hora del dramita seré un héroe». En las pequeñas cosas de la vida cotidiana también deberé ser un héroe.

Sin embargo, estas consideraciones no comportan la siguiente conclusión: cada vez que se nos presente la perspectiva de un dolor, no debemos pedir el alejamiento de él. Al contrario, la oración puede distanciar de nosotros los sufrimientos. Así como la Providencia no sólo permite, sino que quiere —y la doctrina de la Iglesia estimula— que disminuyamos los dolores de las almas del Purgatorio, también, como muchas personas reciben una parte de este tormento en la tierra, es legítimo pedir que queden libres de él. Y muchas veces la Providencia de modo misericordioso los libera.

El papel de la confianza

Asimismo, en lo que estoy diciendo hay un claroscuro. Primero, la ayuda de Nuestra Señora para que logremos tener fuerzas. No creo que ningún hombre, sin el auxilio de la Santísima Virgen, pueda hacer esto. Por otra parte, las «exorabilidades» adorables de Dios, más aún cuando se suplica como intermediaria a su Madre, la gloriosa *intercessio Beatæ Mariæ Virginis*. Y se pueden conseguir cosas asombrosas; no obstante, siempre queda este punto: una inexorabilidad puede descender sobre nosotros.

Si queremos meditar seriamente sobre la Pasión, nos encontramos con esto. Y en cuanto a Nuestra Señora, no se puede imaginar que a una simple criatura le sea pedido tanto como se le ha pedido a Ella.

Imaginen los cuidados y el cariño de la Virgen María con Jesús en cuanto niño, después en cuanto mu-

chachito, joven, ¡con qué afecto bordó la túnica inconsútil! Y ese cuerpo que Nuestra Señora había amado tanto, esa alma que había tratado de llenar de consolaciones —y sabía que la había llenado— se encontraba en aquel mar de tormentos. Estaba conjugada con lo inexorable de Dios y quiso que Jesús muriera.

No tenemos idea de lo que esto representa. Si tuviéramos que sentir una pizca, moriríamos de dolor.

El papel de la confianza es muy bonito en este punto. Es la virtud por la cual, de manera misteriosa, discernimos lo que no es inexorable y conseguimos que el dolor retroceda un poco. Por otro lado, la confianza es tan

poderosa que, creo, incluso que una porción de lo inexorable retrocede.

Es algo curioso, pero confiamos que no vendrán sobre nosotros los dolores que sentimos que normalmente no están en nuestro camino. Cada uno de nosotros tiene una noción confusa sobre el camino de nuestros dolores. También sentimos cuándo tropezamos con lo inexorable. Y entonces la confianza cambia de nombre y se llama resignación. Sin embargo, lo más terrible sucede cuando llega la prueba axiológica,³ porque la persona pierde la noción de lo exorable y de lo inexorable.

Esta es una meditación sincera sobre la Semana Santa. Cabe decir también que detrás de todo eso están las glorias y esperanzas de la Resurrección. ¡Cuántas cosas en nuestra vida han ocurrido a manera de resurrección!

Y vendrá, sobre todo, la resurrección final de todos nosotros.

Por lo tanto, no se trata de un horizonte abrumador.

Las palabras de nuestro Señor desde lo alto de la cruz —«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46)— son el comienzo de un salmo que profetiza la Resurrección y la victoria. ♦



El Dr. Plinio en 1983

*Es necesario caminar
con paso firme hacia
la cruz, confiando
en el auxilio de la
Santísima Virgen y
esperando alcanzar
la victoria*

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio, São Paulo. Año XXV.

N.º 289 (abr. 2022); pp.9-15.

¹ Del latín: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

² Del latín: «Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu».

³ En la concepción del Dr. Plinio, la palabra *axiología* —originada a partir del latín *axis*, eje— y sus derivados siempre hacen referencia al «eje» que debe guiar la vida humana, es decir, el fin para el cual la persona ha sido creada y su vocación específica, alrededor del cual deben girar todas sus ideas, voliciones y actividades.

La cruz y el amor se besan

Novia a los 13 años, esposa solícita, madre afectuosa y fundadora de congregaciones de sacerdotes, laicos y religiosas contemplativas, la vida de la Beata Conchita siguió un misterioso plan de la Providencia.

✉ **Bianca María dos Santos Damião**



Reproducción

La extravagante Cristina de Suecia solía repetir la siguiente máxima, aplicándosela a sí misma: «Hay gente a la que se le permite todo y nada le hace daño». Al analizar este axioma como norma de conducta, el sentido común seguramente corregiría a la reina su presunción... Pero si nos elevamos a la altura de los horizontes de la fe, se adapta bien a ciertas almas elegidas por Dios: el amor que desciende sobre ellas desde el Cielo y su cristalina correspondencia les permite hacer lo que quieran, porque sus actos siempre brillan por su honestidad. Se aplica entonces el famoso «*Dilige, et quod vis fac*»,² de San Agustín.

Es difícil resumir la historia de estos elegidos, más aún cuando se trata de una fervorosa católica novia a los 13 años, esposa solícita, madre de numerosa prole, gran mística sin dejar de ser una celosa ama de casa, viuda y fundadora de congregaciones donde había sacerdotes, laicos y religiosas contemplativas, que, habiendo muerto canónicamente como religiosa, nunca abandonó a su familia, todo

ello en medio de una agitada persecución religiosa en México.

De hecho, la vida de María Concepción Cabrera de Armida, conocida familiarmente como Conchita, siguió un misterioso plan trazado por la Providencia.

Infancia tranquila

Nació el 8 de diciembre de 1862, en San Luis Potosí, México, en el seno de una familia numerosa: tenía ocho hermanos y tres hermanas. Sus padres eran excelentes católicos de la aristocracia local y le dieron una sólida formación religiosa y un constante ejemplo de integridad y devoción.

Su infancia transcurrió entre las labores del campo y las de la casa, o las diversiones con sus hermanos, especialmente montando a caballo, con lo que disfrutaba mucho. Su madre, que nunca la dejaba desocupada, la llevaba al hospital para que ayudara a cuidar a los enfermos, con la intención de evitar la ociosidad y la vanidad. No fue muy aplicada en su instrucción intelectual, aunque se de-

dicó a aprender música, tanto el canto como el piano.

Era sincera cuando afirmaba que tenía muy buenas inclinaciones, pues sentía un inmenso placer en la oración y se interesaba por imitar las penitencias de los santos y su pureza; sin embargo, comentaría más tarde de que su error estuvo en no cultivar esa buena propensión tanto como hubiera podido.

Con 8 años se confesó por primera vez y a los 10 hizo su Primera Comunión, el 8 de diciembre de 1872.

Conociendo a su futuro esposo

A los 13 años, por exigencias de la alta sociedad, Conchita ya tenía que frecuentar los bailes, muy honestos aún en aquella época. Nos cuenta que al principio los detestaba. Sin embargo, con el tiempo empezó a gustarle que la invitaran a bailar y se envanecía al enumerar veintidós pretendientes para tal, hecho que mucho la avergonzó más tarde. Siendo tan joven, en uno de estos encuentros conoció al que sería su futuro marido, Francisco Armida.

Con el asentimiento de su familia, iniciaron una relación por correspondencia, en la que ella, con enorme preocupación por la vida espiritual de su pretendiente, lo incentivaba a la piedad: «Lo hacía frecuentar los sacramentos en lo posible y desde aquel instante yo no dejé su alma».³ Este carteo duraría nueve años, hasta su matrimonio.

Al hablar de su noviazgo y de sus deberes de piedad, la joven reveló que nunca había encontrado dificultad en conciliarlos. Conchita comulgaba a diario e iba a los bailes con la única intención de ver a su novio. Debajo del vestido usaba un cilicio alrededor de la cintura, regocijándose de hacer penitencia y agradar a Jesús que recibiría en la Comunión al día siguiente.

Con la muerte de su hermano, un gran cambio

El deseo de agradar a Dios, no obstante, le provocaba una dicotomía en su interior, pues la obligaba a luchar contra la vanidad y el apego a los pequeños placeres de la vida. Como la frágil embarcación de su alma singlaba el mar de las tentaciones sin mucha experiencia, a menudo se veía vencida bajo el peso de las solicitudes mundanas, enorgulleciéndose al recibir elogios por su belleza. Al darse cuenta de que esto no llenaba su corazón y no era más que una frivolidad, buscaba el confesor. Así, por su docilidad a la voz de los pastores de la Iglesia, fue haciendo progresos espirituales.

Sin embargo, la repentina muerte de su hermano la arrancó de las perspectivas terrenas. El dolor la visitaba de una manera que no esperaba. De inconstante y distraída pasó a pensar más en el Señor y a darse más a Él. Fue aprendiendo a santificarse ofreciendo al Altísimo los

sufrimientos de su propia sensibilidad e intensificando sus oraciones.

El matrimonio: desafío y aprensión

Finalmente, llegó el momento de las nupcias. Cuando vio el vestido de novia, elegante y adornado con joyas, sintió una fortísima tristeza interior y un sufrimiento indescriptible. Quería vivir la perfección, había dado pasos decisivos en esa dirección y el matrimonio se presentaba como un desafío.

Amaba mucho a su esposo, pero nunca disociado del amor que le tenía a Jesús. Así pues, le hizo a Francisco dos peticiones: «Recuerdo que a la hora de la comida, mientras estaban en los brindis, se me ocurrió pedirle al que ya era mi marido dos cosas que

me prometió cumplirlas: que me dejará ir a comulgarme todos los días y que no fuera celoso».⁴

Conchita fue muy feliz con su marido, que era un modelo de hombre respetuoso. No obstante, como buena católica y madre de familia, no tardaron en llegar las dificultades propias a su estado, y fue un verdadero ejemplo de aceptación y conformidad con la voluntad de Dios en esta situación.

Una de las penas por las que pasó se encuentra registrada en su diario: «El Señor me apretaba fuerte a las humillaciones con mis cuñadas, a querer aparecer ante ellas como inútil y que cuanto hiciera no les agradara. [...]. Mucho me sirvió este crisol en el que mi marido muchas veces les daba la razón, para desprenderme de mí misma y no creerme capaz de nada bueno, ni exterior ni interiormente».⁵

Dificultades y mayor unión con Dios

Dios forja la santidad de sus elegidos en las vicisitudes de la vida diaria y, en el caso de esta mujer, en las ocupaciones propias del hogar. Muchas veces manifestó su alegría de ser esposa y madre, al mismo tiempo que sentía cuán efímero es el amor humano, como todo lo que pertenece a este mundo. Así, buscaba en Dios el bien infinito que llenaba su alma: «Al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no era aquel lleno que yo me había figurado, instinctivamente mi corazón se fue más y más a Dios, buscando en Él lo que le faltaba; pues el vacío interior había crecido a pesar de todas las felicidades de la tierra».⁶

Con el paso de los años, fueron naciendo sus hijos y tuvo la satisfacción de ser madre de un sacerdote jesuita y de una



Reproducción

Contenta de ser esposa y madre, sentía, no obstante, cuán efímero es el amor humano, buscando en Dios el bien infinito que llenaba su alma

Conchita y su esposo el día de su boda

hija religiosa. Otros cuatro fueron sus compañeros durante toda su vida, y tres fallecieron prematuramente: dos murieron de tifus y el más pequeño se ahogó en la fuente de agua de la casa, desgracia que Conchita ofreció con los ojos puestos en la vida futura. A estos dolores se sumó la temprana muerte de su marido, que significó para ella un despojamiento total.

Tales sufrimientos constituirían la preparación para las grandes luces espirituales que la Providencia le otorgaría en breve.

Intensa vida mística y comienzo de la fundación

Conchita tenía 27 años cuando hizo los ejercicios espirituales por primera vez, que fueron el punto de partida para una meditación profunda sobre su llamamiento: «Un día en el que me preparaba con toda mi alma a lo que el Señor quisiera de mí, en un momento escuché muy claro en el fondo de mi alma, sin poder dudarlo, estas palabras [...]: “Tu misión es la de salvar almas”».⁷ Se entreveía en esta comunicación su vocación de fundadora.

Se consolidó entre el Señor y ella una relación de tal intimidad que se

asemejaba a un desposorio místico. Y como era de esperar, a la esposa de un Rey crucificado le correspondía alegrarse únicamente en el dolor. Jesús le reveló que debía fundar una obra que tuviera como cimientos el apostolado de la cruz, la cual sería una parte muy importante de la misión de Conchita. Se abría así una nueva vía espiritual ante sus ojos.

El Señor le confió: «El apostolado de la cruz, que es la obra que continúa y completa la de mi Corazón, que fue revelada a la Beata Margarita, [...] no se trata solamente de mi cruz externa como el divino instrumento de la redención; [...] que lo esencial en esta obra es dar a conocer los dolores internos de mi Corazón, los cuales no son atendidos y fueron para mí de mayor pasión que la que mi cuerpo padeció en el Calvario, por su intensidad y por su duración».⁸

Conchita se apresuró a seguir el llamamiento divino, iniciando con firmeza el apostolado del Corazón Doloroso de Jesús. En 1894 fundó el Apostolado de la Cruz, obra destinada a las vocaciones laicas. Tres años después inició el instituto contemplativo de las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, del que

formaría parte su propia hija. Finalmente, como será relatado con más detalle, en 1914, en medio de la persecución religiosa en México, se estableció la Congregación de los Missioneros del Espíritu Santo, que pronto contaría con numerosos sacerdotes. Este conjunto de fundaciones pasó a ser conocido como las Obras de la Cruz.

Junto a la Santísima Trinidad

Conchita también recibió comunicaciones místicas sobre sublimes misterios de la fe, que confirmaron y aclilaron su misión y la elevaron a mayores pináculos de santidad.

Una vez, el Señor la llevó en éxtasis a las alturas de la divinidad. Conchita —tratando de explicarse de algún modo— narra que vio la generación eterna del Hijo, en la Santísima Trinidad. Se trataba de una gracia realmente arrebatadora, que la haría abismarse en Dios y quedaría marcada en su corazón y en su memoria para siempre: «Fue tan viva la impresión de lo que vi o entendí sobre esta generación divina que aún tiembla y me enfrió y como que enmudezco al recordarla. Vi un gran foco de vivísima y purísima luz, de aquella luz increada, como derramándose en ardientes rayos de claridad divina [...]. Entendí cómo se produjo el Verbo, ¡el Verbo aquel que en el principio ya era!».⁹

Esta ama de casa, muy sencilla y seria, vio —con el velo propio al estado de prueba en la tierra— la más alta realidad existente, la vida de Dios, que le proporcionó un gozo anticipado de la eterna bienaventuranza y la fortaleció para las luchas y sufrimientos futuros de este valle de lágrimas. Semejante favor sólo podía retribuirlo con un amor ilimitado: «Te amo tanto, tanto, que si me fuera dado aumentar un átomo tu dicha, aún a costa de mi vida, de mi condenación, (si en ella no te ofendera), lo haría».¹⁰



Esta ama de casa, muy sencilla y seria, vio —con el velo propio al estado de prueba en la tierra— la más alta realidad existente, la vida de Dios, que la fortaleció para las luchas y sufrimientos futuros de este valle de lágrimas

Conchita rodeada de sus hijos



Fotos: Reproducción

La gracia central de su existencia fue la encarnación mística de Jesús en su alma, que la hizo partícipe de los sufrimientos del Señor, iniciando la espiritualidad del amor a la cruz que caracterizaron las fundaciones creadas por ella

Conchita en diferentes momentos de su vida

La gracia central de la existencia de Conchita, sin embargo, se produjo con la encarnación mística de Jesús en su alma el 25 de marzo de 1906. Al respecto, el Señor le reveló: «Al encarnarme en tu corazón, llevo mis fines: transformarte en mí doloroso. Debes vivir de mi vida y ya sabes que el Verbo se encarnó para sufrir, no como Verbo, sino en mi naturaleza humana y en mi santísima alma».¹¹

Así, la encarnación mística en Conchita la hizo partícipe de los sufrimientos del Señor, iniciando la espiritualidad del amor a la cruz y a los dolores del Redentor que caracterizaron las fundaciones creadas por ella.

Ante el Santo Padre

Las gracias místicas y las revelaciones de las que era objeto atrajeron la atención de las autoridades eclesiásticas, que comenzaron a analizar su contenido. Inicialmente, el arzobispo de México, Mons. Próspero María Alarcón, ordenó un análisis preciso de su vida y escritos. En

1900 Conchita fue examinada por teólogos, que confirmaron que se trataba de inspiraciones divinas.

Tan grandes fueron los beneficios brindados a la Iglesia y a la sociedad mexicana por el Apostolado de la Cruz y por las Religiosas de la Cruz, que varios obispos decidieron pedirle permiso a la Santa Sede para fundar una obra de sacerdotes bajo la inspiración de la gran mística.

La Congregación de los Religiosos solicitó que le fueran enviados sus escritos y un minucioso relato de su vida. Pero como la consulta se prolongaba, Mons. Ramón Ibarra, arzobispo de Puebla y director espiritual de Conchita, decidió llevarla a Roma para un examen personal.

Cuál fue la sorpresa de la fundadora cuando le informaron que tendría una audiencia privada con San Pío X, la cual ella misma cuenta: «Yo me arrodillé llorando y él me habló. Por fin, me repuse y él me dijo que qué le pedía. «Yo le pido a Su Santidad que apruebe las Obras de la Cruz». [...] «Están aprobadas, no temas, y te

doy una bendición muy especial para ti, para tu familia y para las Obras». [...] Me veía los ojos con su mirada penetrante y dulce, y yo sentía como si estuviera a los pies de Nuestro Señor. Varias veces me dijo: «Prega por mí» (Reza por mí).¹²

Así, en poco tiempo fueron aprobados los Misioneros del Espíritu Santo, última de las fundaciones de Conchita.

Víctima por la Santa Iglesia

Conchita también recibió varias revelaciones privadas más sobre realidades concernientes a la Santa Iglesia, a las virtudes cristianas y a María Santísima.

La última etapa de su vida la pasó en una profunda soledad espiritual, en la que se conformó con la Virgen y se ofreció como víctima por la Santa Iglesia, especialmente por sus pastores.

El 3 de marzo de 1937 fallecía aquella que le dijo a Jesús: «Si pudiera a tu ser algo robarte, sólo amor te robara, para amarte».¹³ ♦

¹ HENRI-ROBERT. *Os grandes processos da História*. Rio de Janeiro: Globo, 1961, t. VI, p. 3.

² Del latín: «Ama y haz lo que quieras». SAN AGUSTÍN. «In Epistolam Ioannis ad Par-

thos. Tractatus VII», n.º 8. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1959, t. XVIII, p. 304.

³ PHILIPON, OP, Marie-Michel. *Diário espiritual de uma mãe de família*. São José dos Campos: Katechesis, 2020, p. 30.

⁴ Ídem, p. 36.

⁵ Ídem, p. 41.

⁶ Ídem, p. 43.

⁷ Ídem, p. 44.

⁸ Ídem, pp. 51-52.

⁹ Ídem, p. 65.

¹⁰ Ídem, p. 66.

¹¹ Ídem, p. 82.

¹² Ídem, pp. 91-92.

¹³ Ídem, p. 154.



Reproducción

El duque de Enghien

Su asesinato fue uno de los mayores crímenes jamás cometidos. Sin embargo, la valentía que demostró ante la muerte y su placidez en el infortunio hicieron de este hecho una página brillante de la historia.



✉ Miguel de Souza Ferrari

El sol extendía sus últimos rayos sobre la Selva Negra. Sólo las ramas más altas de sus frondosos árboles recibían un resto de luminosidad rojiza cuando, de entre la penumbra, se vislumbraba la figura de un hombre caminando en dirección a la ciudad de Ettenheim, situada a cuatro leguas del Rin. Al acercarse a la claridad procedente de las casas, se podían distinguir sus rasgos: de unos 30 años, metro setenta de altura, pelo castaño, cara ovalada, larga y regular, ojos castaño-cenicientos, boca mediana, nariz aguileña, mentón algo puntiagudo; muy robusto, ágil y lleno de gracia.¹ Iba armado, pues venía de una cacería. Todos lo llamaban «Señor Duque de Enghien», y su nombre era Luis Antonio Enrique de Borbón-Condé. Hijo de los duques de Borbón, había nacido en el señorío de Chantilly el 2 de agosto de 1772, siendo su abuelo paterno el príncipe de Condé y su abuelo materno, Luis Felipe de Orleans.

Al llegar a su casa —una especie de palacete gótico de dos alturas— aquel fatídico 14 de marzo de 1804, enseguida fue recibido con alegría por Mohiloff, su perro preferido, pero de manera taciturna por Féron,

su ayuda de cámara. Éste le advirtió que dos extraños habían merodeado por la casa durante el día. Féron estuvo siguiendo sus movimientos desde la contraventana y había enviado tras su pista a otro sirviente del príncipe, llamado Canone, quien aseguró que la fisonomía de uno de ellos no le era desconocida; creía que era un gendarme disfrazado al que había visto varias veces en Estrasburgo, adonde iba a menudo a buscar provisiones.

El duque no le dio mucha importancia a ese hecho, sin embargo, para tranquilizar a su esposa, la princesa Carlota, decidió pasar unos días fuera de Ettenheim. Fijó entonces su partida para dos días después.

Sospechas...

Cuatro días antes, Réal, consejero de Estado y director de la Policía francesa, había entrado en el despacho del primer cónsul y encontrado a un hombrecillo inclinado, de bruces, sobre varios mapas, estudiando la ruta del Rin, desde Friburgo a Baden, midiendo las distancias y calculando el tiempo de recorrido. Era Napoleón Bonaparte. Al anunciarle la llegada de Réal, dejó sus mediciones geográficas y exclamó:

—Entonces, Sr. Réal, ¿no me habías dicho que el duque de Enghien está a cuatro leguas de mis fronteras, organizando complotes militares?

De hecho, desde hacía unos meses le estaban llegando a Bonaparte avisos donde se afirmaba que se tramaba una conspiración para dar un golpe de Estado y sacarlo del poder, reinstaurando a los Borbones en el trono. Se había enterado de que Georges Cadoudal —uno de los mayores líderes de los contrarrevolucionarios realistas de la Chouannerie en el oeste de Francia y que había atentado dos veces contra su vida— estaba en París con un grupo de hombres armados, apoyados por los generales Moreau y Pichegru. Esperaban que un príncipe Borbón entrara en Francia para hacerse con el poder.

Estas noticias aterrorizaban a Napoleón. Temía que le hicieran lo que él mismo había hecho cinco años antes, cuando derrocó a Barras, líder del Directorio, y estableció el Consulado, convirtiéndose en primer cónsul; temía, sobre todo, porque faltaban pocos meses para que la corona imperial posara sobre su cabeza. Por lo tanto, era de suma importancia que fuera reprimido inexorablemente cualquier cuestionamiento de su au-

toridad. Necesitaba, en primer lugar, impedir que cualquier Borbón entrara en Francia, lo que daría mucha fuerza a los legitimistas.

Fue entonces cuando le llegó la noticia de que un supuesto líder realista había estado circulando por París, probablemente un príncipe Borbón. ¿Quién podría ser? El conde de Artois y el duque de Berry estaban en Londres, el duque de Angulême en Courlande; no había ninguna posibilidad de que fuera alguno de ellos. La persona que se encontraba más cerca era el duque de Enghien, a sólo cuarenta leguas de París, en la ciudad de Ettenheim, donde vivía desde 1793 con el obispo de Rohan, con cuya sobrina, Carlota de Rohan-Rochefort, se casó. Había participado en las campañas contrarrevolucionarias de 1793 y 1795, bajo las órdenes de su abuelo, el príncipe de Condé. Era, de hecho, una figura muy peligrosa.

Así pues, Réal le ordenó al prefecto de Estrasburgo que investigara la situación del sospechoso. Su informe fue aterrador: «El duque tiene consigo, en Ettenheim, al general Dumouriez y a un individuo llamado Smith, recién llegado de Inglaterra. Mantiene una correspondencia muy activa con numerosos oficiales emigrados reunidos en Offenburg y Friburgo; muy pronto estallará una revolución en Francia».²

Bonaparte estaba exasperado. Dumouriez y Smith eran figuras peligrosísimas para su supuesto imperio. Ignoraba, no obstante, ¡cuán errado era el informe! Su relator, confundido por el acento de Alsacia, había entendido como «Dumouriez» a quien en realidad se llamaba marqués de Thumery; igualmente, el peligroso «Smith» no era más que el simple teniente de Condé, Schmidt. ¡Pero Napoleón estaba enloquecido por su amor propio!

—Entonces —dijo—, ¡soy tal vez un perro al que se le puede abatir en la calle? ¡Y mis asesinos son seres sagrados? Atáquenme y les pagaré guerra por guerra. Sabré castigar sus

complots... La cabeza del culpable me hará justicia.

La «cacería»

Por su parte, en el castillo de Ettenheim el duque dormía plácidamente, a la espera de la cacería acordada con el coronel Grünstein para el día siguiente. Debido a la alarmante noticia de la víspera, sólo había accedido a que Grünstein y el teniente Schmidt durmieran en una habitación contigua a la suya, con las armas cargadas. Pensaba que las tropas francesas no violarían la neutralidad del territorio de Baden para secuestrarlo y, si tuvieran intención de hacerlo, no lo lograrían, porque los habitantes de la ciudad lo defenderían. Además, la expedición no tendría tiempo de prepararse para esa noche.

En Ettenheim reinaba un profundo silencio. A las dos, Schmidt creyó oír pisadas de caballos y despertó al barón Grünstein. Ambos abrieron una ventana para averiguarlo. La noche estaba oscura y no vieron nada. Canone también se levantó, pero poco después los tres volvieron a acostarse.

De repente, a las cinco de la mañana de aquel 15 de marzo, escucharon un disparo. Féron, alarmado, corre gritando:

—¡Soldados!

Al mismo tiempo, se oye una voz ordenando que abrieran las puertas. El príncipe coge su fusil.

Sin embargo, Grünstein, al ver la cantidad de gendarmes y de dragones —más de doscientos soldados— le dijo que era inútil toda resistencia y le aconseja que se rindiera. El duque baja el arma y, con toda calma, espera su arresto. Los soldados entran a la habitación y arrestan a todos.

En ese momento se forma un alboroto en la ciudad. Al grito de «¡Fuego, fuego!» y «¡Auxiliad al príncipe!», los habitantes de Ettenheim empiezan a acudir al castillo. Pero ya es tarde. Engañan al pueblo, diciéndoles que todo estaba acordado con el duque.



Reproducción

Napoleón Bonaparte, de Jacques-Louis David - Fogg Museum, Universidad de Harvard (Estados Unidos).

En la página anterior, retrato del duque de Enghien, de Jean-Michel Moreau - Castillo de Aulteribe (Francia)

Aterrado por la noticia de un supuesto complot contra su autoridad, Napoleón decidió impedir que ningún Borbón entrara en Francia

Enghien, Grünstein, los sirvientes y Mohiloff —que no ha abandonado a su dueño— son llevados al molino de las Tullerías. El príncipe pensaba que aquel día tendrían una buena cacería —jamás imaginó que él mismo sería cazado— y por eso se había puesto su traje de cazador tirolés, con polainas de piel de ciervo atadas hasta las rodillas y un sombrero con galones de oro en la cabeza.

Los suben en un vehículo, escoltados por dos grupos de dragones, y los llevan a la ciudadela de Estrasburgo.

En el castillo de Vincennes, un juicio inicuo

El duque ya se preparaba para una larga prisión cuando, en la madrugada del 17 al 18 de marzo, cuatro soldados lo despertaron y le ordenaron que se levantara rápidamente y los siguiera. Montado en una berlina, emprendieron viaje hacia París.

Dos días después, al llegar a la capital, el coche de caballos se detiene frente al castillo de Vincennes, por entonces gobernado por un tal Harrel, típico oportunista camaleónico, «algo jacobino en 1793, conspirador durante el Directorio y delator bajo el Consulado».³ Había recibido la or-

No había acusaciones, ni pruebas, ni testigos, ni defensor... Los jueces se ponen de acuerdo y condenan al duque a la muerte

den de que todo lo que concerniera a «cierto individuo» que le llevarían allí debía mantenerse en extremo sigilo. Enghien bajó del coche exhausto y hambriento; el viaje había sido largo y no había comido desde la mañana, así que después de alimentarse se retiró a su celda y durmió profundamente.

El general Murat recibió de Napoleón, a las siete de la tarde, la orden de designar la junta encargada del juicio militar del prisionero. El propio cónsul había elegido al general Hullin para que la presidiera, y Savary sería el interventor.

«Cuando todos estuvieron reunidos, Hullin les anunció de qué se trataba: debían, por orden expresa del primer cónsul —afirmaba—, juzgar a un prisionero que no era otro que el duque de Enghien. Susurraban: no había acusaciones, ni pruebas, ni testigos, ni defensor...».⁴ Y Bonaparte quería un desenlace inmediato: todo tenía que acabar en esa misma noche.

Asignan a un teniente para que despierte al príncipe y lo conduzca al juicio... ¡si es que se puede llamar así! Se le acusa de traición al Estado, de llegar a un acuerdo con Inglaterra, de entablar relaciones con Dumouriez y

Pichegru, de intentar asesinar a Bonaparte. Les explica que no ha traicionado a Francia luchando contra la República, al contrario, la defendía contra la ilegitimidad; niega haber participado en algún complot contrarrevolucionario, afirma no conocer a Dumouriez ni a Pichegru; confiesa que recibe una pensión de Inglaterra, pero niega haber ido alguna vez a ese país.

Antes de firmar el proceso verbal, escribe: «Solicito, urgentemente, una audiencia privada con el primer cónsul, Napoleón Bonaparte. Mi nombre, mi posición, mi forma de pensar y el horror de mi situación me hacen esperar que no rechazará mi petición».⁵

El acusado se retira y empiezan las deliberaciones; se le niega la audiencia con Bonaparte, porque creen que eso disgustaría al cónsul.

El resto de la sesión fue rápido: «Todos los jueces estuvieron de acuerdo y la pena de muerte se dictó por unanimidad: en aplicación del artículo... de la ley de... así concebida... (Estas lagunas son del texto original!)».⁶

El interventor Savary cogió inmediatamente la sentencia y se marchó —conocía muy bien lo que Bonaparte quería...— a fin de preparar su ejecución.



Vista del castillo de Vincennes, París

cución. Reunió a diecisésis soldados y los llevó a los fosos del castillo, donde habría de terminar la vida del último descendiente de los Condé.

Mientras tanto, el duque de Enghien estaba en su celda, donde se entretenía con los gendarmes que lo custodiaban y acariciaba a Mohiloff. De repente, entra Harel y le pide que lo acompañe. El duque pregunta:

—¿Adónde me llevan? ¿Quieren enterrarme en una oscura celda? Preferiría morir.

Le dicen que, lamentablemente, no iba a una celda. Harel añade:

—Señor, por favor, sígame y ármese de mucho valor.

Calma y dignidad en la hora de la muerte

Lo llevan al pabellón de la reina, donde estaban alineados los soldados. Leen la sentencia de muerte delante del acusado, que no sintió temor; se mostró dueño de sí aun en esta terrible sorpresa.

El morituro expresa sus últimos deseos: quiere que le entreguen una carta, con un mechón de pelo y su anillo matrimonial, a su esposa, la princesa de Rohan-Rochefort —lo cual no se hizo—; y rogó la presencia de un sacerdote para sus momentos finales. Ante esta petición, alguien contesta burlonamente:

—¡Quiere morir como un capuchino!

Entonces, aborreciendo tal comentario, se arrodilla unos instantes,

Con el poder en sus manos, Bonaparte vivía inseguro; exiliado, prisionero y condenado, Enghien mantenía la paz de alma de los hijos de la luz



Ejecución del duque de Enghien - Biblioteca Pública de Nueva York;
arriba a la derecha, monumento erigido en el lugar de la ejecución

encomienda su alma a Dios, se levanta y, sin mostrar debilidad alguna, exclama:

—¡Cuán terrible es morir de este modo por mano de franceses!

El estruendo de los disparos se lleva el alma de este héroe. Eran las tres de la madrugada del 21 de marzo de 1804.

Así se expresaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira acerca de este hecho: «La calma del duque de Enghien en este momento extre-



Fotos: Reproducción

mo, su dignidad, su presencia de espíritu [...], todo esto tiene un aroma a caballería. Es hermoso ver ese centelleo de luces de caballería, brillando en la época miserable en que el mundo estaba enlodado por la Revolución francesa».⁷

Si algo merece ser elogiado del joven principio es su valentía, en extremo contrastando con la inseguridad de Napoleón. Aun detentando todo el poder en sus manos, Bonaparte no estaba tranquilo, mientras que Enghien, exiliado, prisionero y condenado, mantenía esa paz de alma que sólo los hijos de la luz poseen.

Tenía algo de temerario, es cierto, pero si su temeridad lo llevó a la cárcel y a la muerte, su coraje digno y sereno le confirió la inmortalidad ante la Historia.♦

¹ Los datos históricos que aparecen en este artículo han sido extraídos de las obras: BERTAUD, Jean-Paul. *Bonaparte et le Duc d'Enghien. Le duel des deux France*. Pa-

ris: Robert Laffont, 1972; LENOTRE, Georges. *Dramas d'Histoire*. Paris: Flammarion, 1935; WEISS, Juan Bautista. *Historia Universal*. Barcelona: La Educación, 1932, t. XX.

² HENRI-ROBERT. *Os grandes processos da História*. Rio de Janeiro: Globo, 1961, t. III, p. 193.

³ LENOTRE, op. cit., p. 32.

⁴ Idem, p. 37.

⁵ BERTAUD, op. cit., p. 16.

⁶ LENOTRE, op. cit., p. 40.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Ó Igreja Católica!». In: Dr. Plinio. Año XXI. N.º 239 (feb, 2018); p. 33.

Una conversión restauradora

Madre y a veces incluso médica ante sus hijos espiritualmente enfermos, Dña. Lucilia se revela también como una gran intercesora para restaurar las almas, y una incansable pastora en busca de las ovejas descarriadas.



✉ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Querido lector, el texto con el que usted entrará en contacto a continuación no se trata solamente de la narración de una gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia. En realidad, es un apasionante relato de una conversión, en el que se aprecia la acción maternal y habilidosa de esta mujer, que elimina obstáculos a lo largo de un doloroso recorrido, al final del cual su protegida se consagró a la Virgen como esclava de amor, según el método de San Luis María Grignion de Montfort, y comprendió su papel de madre.

Sin embargo, para ayudarle a seguir cada detalle de esta restauración espiritual, se la vamos a contar desde el principio, es decir, dándole a conocer la situación en la que vivían Thaís Lira y su esposo, Clovis Arruda, antes de que Dña. Lucilia interviniere de forma decisiva en sus vidas.

Alejados de Dios y de su Iglesia

Natural de Manaos (Brasil), así como su marido, Thaís sufría de depresión desde los 15 años, problema agravado por el relativismo religioso en el que estaba inmersa, según ella

misma lo narra: «Lamentablemente no tuve una vida muy buena, porque creía que todas las religiones eran

Thaís sufría de depresión desde los 15 años, problema agravado por el relativismo religioso en el que estaba inmersa

ciertas. Incluso llegó a frecuentar un templo budista y someterme a tratamientos esotéricos, en busca de una curación para la depresión».

Habiéndose licenciado en Derecho, Thaís se presentó a las oposiciones e ingresó en la Policía Civil de Amazonas. No obstante, el contacto con la delincuencia empeoró aún más su estado: «Tuve que tomar medicación e inicié un tratamiento psicológico».

Por otra parte, su vida matrimonial no era modélica: «Nunca fuimos católicos vigorosos, teníamos muchos conceptos erróneos sobre el matrimonio. No creía que fuera importante tener hijos y mi esposo concordaba conmigo».

Llevaban, pues, una vida prácticamente alejada de Dios y de su Santa Iglesia; entonces su marido recibió una ventajosa oferta de trabajo en Recife y allí se mudaron. Thaís estaba decidida a cambiar de profesión: «En Recife, empecé mis estudios para la carrera diplomática, que siempre quise hacerla. Para curar la depresión busqué tratamientos psiquiátricos, pero ninguno funcionó. También traté de ser mejor católica, pero tampoco lo conseguí».

El encuentro con los Heraldos del Evangelio

En 2013, nuevamente por motivos profesionales de su esposo, se trasladaron a la ciudad de Cotia, en otro estado brasileño. Sin que ella lo supiera, la Divina Providencia la conducía hacia la solución de sus problemas: «En Cotia obtuve mi curación. En medio de toda esta oscu-

ridad, recibí la visita de una pareja de Heraldos».

Desde hacía mucho tiempo, la familia de Thaís daba una contribución para las actividades evangelizadoras de los Heraldos del Evangelio; sin embargo, nunca le había interesado conocer más de cerca la institución. Continúa su relato: «Teníamos mucha simpatía por los Heraldos, y recuerdo que, al hojear sus revistas, me decía a mí misma: “¡Se les ve tan contentos! ¿Realmente existe esto? Si existe, ¡está bastante lejos de mí! No hay cómo formar parte de esto...”. Sencillamente pensaba que no era algo para mí».

Además de animarla en la práctica de la fe, esa visita dejó dos buenos recuerdos en su vida. El primero, una colección de la obra *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plínio Corrêa de Oliveira*, escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, que los heraldos le regalaron; la segunda, ella misma nos lo cuenta: «Después de recibir la visita de esa pareja, empecé a sentirme mejor, a sentirme curada de la depresión, y ya no necesité mis medicamentos».

Buscando respuestas contra el comunismo

Libre de la incómoda depresión, Thaís se sentía más a voluntad para continuar sus estudios. Tenía curiosidad por conocer los orígenes del comunismo, porque su madre le decía que se trataba de algo perverso. Investigó y enseguida llegó a la conclusión de que «provenía de una obra maligna», según sus palabras.

Profundizando en sus estudios, tomó conocimiento de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima, en las que la Santísima Virgen alertaba a la humanidad sobre los peligros del comunismo. Deseaba ardientemente seguir sus consejos y peticiones, como, por ejemplo, la comunión reparadora de los cinco primeros sábados.



Nuno Moura

Imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María

Al conocer la devoción de los primeros sábados, pedida por la Virgen de Fátima, quiso confesarse, iniciando así su conversión

dos. Al mismo tiempo, oyó hablar de la devoción de los primeros viernes de mes, en desagravio al Sagrado Corazón de Jesús, y sintió que necesitaba urgentemente cambiar de vida.

Hacia la conversión, por un camino de dolor

Las vías de la Providencia son a menudo misteriosas para el entendimiento humano. A veces, los momentos de mayores dificultades y dramas son los esperados por Dios para reali-

zar una bondadosa intervención. Con Thaís y su esposo no fue diferente. Les sobrevino una enorme dificultad económica, que los llevó a cambiar nuevamente de residencia, instalándose esta vez en Juiz de Fora, donde podían contar con el apoyo de sus familiares.

Para Thaís, el primer paso de su anhelado cambio de vida era hacer una buena confesión. Por lo tanto, fue a una iglesia con esta intención. Desafortunadamente, el sacerdote disponible la trató con hosquedad y ni siquiera le permitió que terminara de decir sus faltas. Narra ella: «Me quedé muy triste. Fui al sagrario y allí lloré mucho, hasta el punto de que mis lágrimas cayeron en el banco de la iglesia».

Junto al Santísimo Sacramento, Thaís encontró lo que necesitaba. Sintiendo una vigorosa presencia sobrenatural, su corazón se llenó de la fuerza necesaria para un verdadero cambio de vida hacia la santidad. Y, entonces, le pidió perdón al Señor, con mucha sinceridad, por haber abandonado la Iglesia.

Así expresa lo que pasaba en su interior cuando regresó a casa: «Mi esposo y mis padres estaban muy asustados, porque yo lloraba demasiado. Y la razón era que había percibido lo mucho que se vilipendia a la Iglesia en nuestros días, y me reprochaba: “Nunca he hecho nada por la Iglesia. No soy una católica de verdad”. Estaba muy, muy triste, y pensaba: “¿Cómo voy a consolar a Nuestra Señora si no consigo confesarme? Para hacer la devoción de los primeros cinco sábados necesito confesarme durante cinco meses consecutivos».

Un consejo decisivo

Durante este período de perplejidad fue cuando Thaís recibió un consejo que sería decisivo en su vida. Prosigue su relato: «Me llamó una persona de Manaos, era un

viejo amigo, y me habló de la consagración a la Virgen como esclavo de amor. Entonces le comenté lo que me había pasado y le pregunté: “¿Dónde puedo confesarme?”. Él me respondió: “Ve si los Heraldos del Evangelio están en Juiz de Fora. En los Heraldos seguramente hallarás tu confesión”.

Un poco reticente y todavía pesarosa por lo que le había sucedido, Thaís no siguió el consejo de su amigo. Sin embargo, poco después su propio párroco le informó por casualidad de que los Heraldos tenían una iglesia muy bonita en Juiz de Fora y le instó a visitarla.

Aunque un poco reluciente, Thaís decidió ir: «Era sábado. Nada más entrar, me quedé impresionada al ver la cantidad de niños que había jugando en el patio. Uno de ellos llevaba un rosario con gran devoción. ¡Me impresionó bastante ver a un chico tan joven con el rosario en la mano!».

A pesar de esta primera impresión favorable, todavía pensaba: «Si alguien me trata mal aquí, desistiré y seguiré mi fe sola». Pero la Virgen le preparaba algo distinto: «Me recibió una mujer muy simpática, cooperadora de los Heraldos, que me escuchó, me consoló y me llevó a un sacerdote, para que pudiera confesar.

También me impresionó la belleza de la iglesia, cómo todo en ella —¡hasta los bancos!— propiciaba nuestra concentración en la misa y en las oraciones».

El primer encuentro con Dña. Lucilia

Admirada por la paternal solicitud del sacerdote, Thaís hizo, finalmente, la tan anhelada confesión, de la que salió aliviada y con la firme decisión de comenzar una nueva vida. En consecuencia, quiso empezar de inmediato la preparación para consagrarse como esclava de amor a Nuestra Señora. El primer paso era adquirir el *Tratado sobre la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignion de Montfort.

«Cuando fui a comprar el libro y un rosario, conocí a Dña. Lucilia a través de una fotografía suya impresa en un azulejo, y me llamó la atención lo rosáceo de su chal. Pensé: “Vaya, qué bonito es ese chal! ¡Es tan rosáceo! ¿Quién es esta señora?”. Llegué a tenerle un poco de miedo, porque ella tenía una majestad increíble, una mirada verdaderamente soberana. También noté su elegancia y, a pesar del miedo, me sentía muy atraída. No entendía muy bien por

qué los Heraldos tenían tantas fotografías suyas, pero al mismo tiempo pensaba: “Bueno, ahora no entiendo esta devoción, pero sé que debe ser algo muy bueno”. ¡No puedo marcharme de este lugar! Aquí es donde debo estar».

Un sueño alejador

Prosigue Thaís: «Un día, la cooperadora que tan amablemente me había recibido en mi primera visita a los Heraldos me contó que había soñado conmigo. Me visitaba en una habitación donde estaba Dña. Lucilia, sujetando un bebé que era mi hijo. Y Dña. Lucilia le ponía al bebé en sus brazos, mientras yo descansaba en una cama. Tuvo este sueño justo cuando me conocí, pero temía contármelo en esa ocasión, porque sabía que yo no quería ser madre».

»En ese período en el que yo estaba conociendo más a la Iglesia, un sacerdote me aconsejó que le rezara a Dña. Lucilia, que leyera su historia, pero nunca fui tras ello. También me dijo que me convenía ser madre, pues eso sería mi curación».

«Quiero ser madre, para agradar a Dios»

Pero «ser madre» era lo que Thaís no quería. Entonces, ¿cómo solucio-



Fotos: Reproducción

Al prepararse para la consagración a Nuestra Señora, Thaís conoció a Dña. Lucilia, a quien le pidió ayuda para ser madre

A la izquierda, Thaís y su esposo después de consagrarse a la Virgen; a la derecha, bautizo de Plinio José, su hijo, en la iglesia de los Heraldos de Juiz de Fora



nar el problema? Nos cuenta: «En el aniversario del fallecimiento de Dña. Lucilia, el 21 de abril, asistí a misa y en esa ocasión le pedí el deseo de ser madre. No pedí ser madre, porque no tenía el deseo de ser madre. Así que le pedí el deseo: “Doña Lucilia, déme el deseo de ser madre”».

Vencida por la gracia, Thaís le dio a Dña. Lucilia la oportunidad de actuar en su corazón, y tiempo después pidió decididamente la gracia de ser madre: «Doña Lucilia, quiero ser madre, quiero agradar a Dios». No obstante, pasaron los meses sin que hubiera indicios de un embarazo.

En la Semana Santa siguiente, Thaís tuvo una fuerte inspiración. Estaba sentada en el primer banco de la iglesia, durante una de las ceremonias. De repente, mirando a la imagen de Nuestro Señor Jesucristo flagelado, recordó un terrible episodio ocurrido muchos años antes: «Me acordé de que me había echado una maldición sobre mí misma. Debido a las ideas feministas que tenía, me dije que no permitiría que Dios engendrara un niño en mi vientre. Cuando recordé esto, me desesperé. Se lo conté a un sacerdote, me confesé y me dijo: “Hija mía, Dios toma eso muy en serio. Pero vaya a rezar a los pies de la Virgen Dolorosa, converse con Ella”».

»Entonces recé ante la Virgen Dolorosa; también le recé a Dña. Lucilia, pidiéndole nuevamente la gracia de la maternidad. Y le dije a Nuestra Señora que, como muestra de confianza de que obtendría este favor a través de Dña. Lucilia, elegiría ya el nombre de mi hijo: si era niña, María Lucilia; si fuese niño, Plinio José. Asimismo le pedí que el niño se hiciera en el futuro monja o sacerdote, porque quería mucho darle esa alegría a Dios, y podría salvar muchas almas».

Y Thaís no tardó en conseguir lo que había pedido: en el siguiente ani-

versario del fallecimiento de Dña. Lucilia, ¡estaba, por fin, esperando su primer hijo!

Una prueba más, una ayuda más

Plinio José nació el 27 de diciembre de 2022. Sin embargo, pocos días después Thaís y Clovis fueron sometidos a una terrible prueba. Narra ella: «Una semana después del nacimiento de mi hijo, tuve un accidente cerebro-vascular (AVC) y entré en convulsión. Mi marido cuenta que, cuando me vio, empezó a llamar a Dña. Lucilia, gritando: “¡Doña Lucilia, ayúdame, ayúdame!”».

Llevada rápidamente al hospital, recibió el tratamiento adecuado. En medio del terrible sufrimiento resultante del AVC, nunca dejaba de rezarle a Dña. Lucilia. ¿Pidiéndole qué? ¿Alivio de sus dolores? No, pidiendo algo mucho más importante, que demuestra cuán eficazmente restauradora era su conversión: «Le pedí a Dña. Lucilia que no me dejara quejarme, que me ayudara a ofrecer mis dolores por la Santa Iglesia».

Gracias a la intercesión de su protectora, a los quince días Thaís ya se había recuperado y pudo estar nuevamente con su hijo. El AVC le dejó pocas secuelas, que en nada comprometen su vida diaria.

El camino hacia la unión con Dios y hacia el seno de la Iglesia fue doloroso, pero hoy Thaís y Clovis le



Reproducción

La familia reunida junto al cuadro de Dña. Lucilia

Hoy el matrimonio agradece haber pasado por tantos sufrimientos, pues así se convirtieron en uno de los que Dña. Lucilia protege bajo su chal

agradecen a Dios no haberles ahorrado sufrimientos, pues a través de éstos pudieron entrar en la lista de los hijos que Dña. Lucilia maternalmente ampara bajo su manto. ♦

Celebración de la Epifanía

Narran las Escrituras que, procedentes de Oriente, los Reyes Magos adoraron al Niño Dios recién nacido y le ofrecieron oro, incienso y mirra (cf. Mt 2, 11).

Este año, sin embargo, con motivo de la celebración litúrgica de la solemnidad de la Epifanía, los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar también repartieron sus regalos en la casa de los Heraldos de Sevilla la Nueva, España (fotos 3, 7 y 8), y

de Lima, Perú (fotos 2 y 6), así como en la iglesia de la Madre del Buen Consejo de Ypacaraí, Paraguay (foto 1).

Asimismo, hubo una distribución de regalos por parte de San Nicolás para cerca de 600 niños en la iglesia de los Heraldos, aún en construcción, de El Salvador (fotos 4 y 5), actividad que contó con la presencia de Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en este país.



Xavier Jacobo



2



3



Fotos: Juan Andrés Telef



5



6



Fotos: Eric Salas



8



Fotos: Stephen Nami

Brasil – El 30 de noviembre, veinticinco graduados del Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino recibieron la titulación en Sagrada Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín (Colombia). El Dr. Johman Esneider Carvajal Godoy, decano de la Facultad de Teología, Filosofía y Humanidades, en representación del P. Diego Alonso Marulanda Díaz, rector general, presidió la ceremonia, realizada en Caieras, a la que también asistió el P. Diego Alberto Uribe Castrillón, responsable de afiliaciones académicas de la misma universidad.



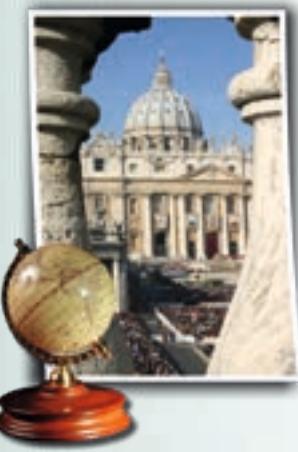
Fotos: Eric Salas

España – Representantes de los Heraldos del Evangelio de esta nación se reunieron con júbilo en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, para la tradicional ofrenda floral a la Santísima Virgen, celebrada este año el 28 de enero.



Fotos: Aroud Haboury

Siria – Las familias de Siria también comenzaron a beneficiarse de las bendiciones del Apostolado del Oratorio de María, Reina de los Corazones. Arriba, aspectos de la ceremonia del lanzamiento del oratorio en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, de Damasco, realizada en enero.



Cuatrocientos años de la consagración de Canadá a San José

La devoción a San José está en la raíz de la evangelización de Canadá, emprendida por la Iglesia Católica desde hace más de cuatrocientos años. Según consta en las crónicas históricas, fueron los Franciscanos Recoletos quienes llevaron desde Europa la devoción al Santo Patriarca, fomentando entre el pueblo el amor y la confianza en el casto esposo de María.

Inspirados por el provincial de la orden, el P. Joseph Le Caron, en 1617 los fieles ya habían hecho voto eligiendo a San José como patrón de la naciente Iglesia en Canadá, y en 1624 realizaron de modo solemne la consagración de la nación, recibiendo la aprobación del papa Urbano VIII en 1637. Desde entonces, las manifestaciones de devoción, los milagros y las gracias concedidas por el padre virginal de Jesús han confirmado que Canadá está realmente bajo su protección.



Reliquias de Santa Teresa del Niño Jesús visitan Brasil

En conmemoración de los ciento cincuenta años del nacimiento de la santa carmelita de Lisieux, y de los cien años de su beatificación, varios

conventos y casas carmelitas de Brasil tendrán la alegría de recibir la visita de sus reliquias.

La peregrinación comenzó el 1 de febrero, en el Carmelo de Trindade (estado de Goiás), y hasta el 19 de octubre recorrerá más de setenta ciudades brasileñas en los estados de São Paulo, Río de Janeiro, Pernambuco, Mato Grosso, Paraná, Santa Catarina, Río Grande do Sul, Amapá, Pará, Maranhão, Piauí, Ceará, Río Grande do Norte, Paraíba, Alagoas, Sergipe, Bahía, Minas Gerais, Espíritu Santo y Distrito Federal.

Multitudinaria procesión en Filipinas

La tradicional procesión del Nazareno Negro, que data de 1767, congregó a seis millones de fieles en la ciudad de Manila. Después de tres años de interrupción debido a la pandemia, el pasado 9 de enero los devotos pudieron acompañar nuevamente el traslado de la milagrosa imagen desde la iglesia de San Nicolás de Tolentino hasta la basílica menor del Nazareno Negro, en el distrito de Quiapo. La ceremonia empezó con una misa presidida por el arzobispo metropolitano, el cardenal José Fuerte Advíncula. Fueron necesarias quince horas para completar el recorrido de siete kilómetros.

Los organizadores del evento esperan que en breve la iglesia de Quiapo sea elevada a la categoría de santuario nacional, y que el día de esta secular procesión sea declarado festivo nacional.

Encuentro mundial de periodistas católicos en Lourdes

La 27.^a edición del encuentro de periodistas católicos, *Jornada Internacional de San Francisco de Sales*, se celebró por sexto año consecutivo en el Santuario de Lourdes (Francia), del 24 y al 26 de enero. El evento, organizado por la Federación Francesa de Medios de Comunicación Católicos, en colaboración con el Dicasterio para

la Comunicación, la Asociación Católica Mundial para la Comunicación y la Unión Católica de la Prensa Italiana, tuvo como tema *Tiempo de cambios*.

Las sesiones plenarias, conferencias y talleres, que reunieron aproximadamente a doscientos cincuenta periodistas de más de veinticinco países, se centraron en los cambios producidos por el regreso de la guerra en Europa, la introducción de la inteligencia artificial en la sociedad y la situación actual de la Iglesia, reflejándose en la misión que los periodistas católicos deben llevar a cabo en este contexto global en constante transformación.



España Palma (CC BY-sa 2.0)

Más de once millones de peregrinos en el Santuario de Guadalupe

Del 9 y al 12 de diciembre, la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, de México, fue visitada por once millones de peregrinos para celebrar la solemnidad de esta advocación de la Santísima Virgen.

Las autoridades estiman que, cada minuto, había seis mil seiscientas personas de diferentes regiones de México y del mundo venerando la milagrosa imagen de la santa patrona de América Latina.

Jubileo de las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús

El santuario de Paray-le-Monial (Francia), inició el 27 de diciembre de 2023 el jubileo conmemorativo de los trescientos cincuenta años de las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque, bajo el lema *Devolver amor por amor*.

En el marco de las festividades, que se extenderán hasta el 27 de ju-

nio de 2025, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, los responsables del santuario están organizando peregrinaciones, celebraciones litúrgicas, reuniones e incluso concursos artísticos con el objetivo de difundir el mensaje de amor revelado por el Señor a la santa francesa.

En mayo se realizará en Roma un simposio sobre el tema del jubileo y en octubre se celebrará en Paray-le-Monial un encuentro internacional de superiores de congregaciones religiosas relacionadas con el Sagrado Corazón de Jesús.

Informe sobre la persecución religiosa en el mundo

Se ha hecho público el informe anual sobre la persecución a los cristianos, elaborado por la organización internacional Open Doors. El documento, que incluye datos del período comprendido entre octubre de 2022 y septiembre de 2023, contiene cifras cada vez más alarmantes.

En total, 365 millones de fieles sufren algún tipo de persecución, lo que supone uno de cada siete cristianos en el mundo. Los actos hostiles catalogados por el estudio van desde agresiones, torturas, malos tratos y discriminación, hasta secuestros y asesinatos. También se constató un aumento sin precedentes de los ataques vandálicos contra iglesias, que

pasaron de 2.110 en el período anterior a 14.766.

Entre los países que encabezan la lista de los más peligrosos para los cristianos se encuentran Corea del Norte, Somalia, Libia y Nigeria. El informe también presentó una lista complementaria de países en los que la persecución tiende a empeorar, como Rusia, Honduras, Venezuela, Ucrania e Israel.

bonifatiuswerk.de



Monasterio reabierto después de setecientos años

Setecientos años después de haber abandonado la región, los monjes católicos regresan para refundar la abadía trapense de Munkeby (Noruega), ubicada a cien kilómetros del santuario de San Olaf, patrón del país.

Según los registros históricos, entre los años 1150 y 1180 monjes cistercienses procedentes de Inglaterra fundaron allí la abadía más septentrional de la orden, pero las adversidades climáticas y, sobre todo, las persecuciones que se siguieron a la Reforma protestante obligaron a los religiosos a marcharse. Recientemente, la vida

monástica se restableció gracias a los esfuerzos del P. Joël Regnard, monje trapense de Cîteaux (Francia).

La abadía fue construida en un lugar cercano a las ruinas del primer monasterio, y el pasado mes de diciembre la iglesia fue consagrada por el obispo-prelado de Trondheim, Mons. Erik Varden, también monje trapense.

Estudio desmiente la leyenda negra española

La revista católica francesa *La Nef* comenzó el año 2024 reproduciendo un dossier especial para desmentir la secular leyenda negra española.

El estudio *La légende noire espagnole: revenir à la réalité*, realizado por el hispanista Arnaud Imatz, consta de ocho esclarecedores artículos sobre las cuestiones más distorsionadas de la conquista de América, desmintiendo, a partir de datos históricos, los rumores difundidos por los enemigos del catolicismo en la nación española, como la esclavización y el genocidio sistemático de la población nativa, los supuestos procesos de tortura empleados por la inquisición en América y el despojo económico de los indios.

En su estudio, el historiador demuestra ampliamente la falsedad de estas y otras acusaciones, arrojando luz sobre uno de los acontecimientos más notables de la historia de la humanidad: la epopeya evangelizadora de América.

GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscríbase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano

Marzo 2024 · Heraldos del Evangelio 45 [Sumario](#)

No compensa estar malhumorado

Así las cosas, a Carlos no le iba a ir bien en el trabajo y mucho menos en la vida...
¡Había que hacer algo por él!



✉ Victoria Christina Boldori Lima

Fn su pequeño poblado, José se preparaba para otro día de arduo trabajo en el mercadillo. Sus hijos Gabriel y Marcos, de 7 y 9 años, respectivamente, disfrutaban muchísimo acompañándolo. Tan pronto como terminaban las clases, los dos salían corriendo adonde su padre. Hacían alguna travesura de vez en cuando, pero nunca eran maliciosas; al contrario, siempre se observaba en ellos obediencia y felicidad.

El sábado era el mejor día de la semana, pues podían estar con su padre desde por la mañana. Gabriel y Marcos colocaron en la carreta todas las frutas y hortalizas que habían cultivado con esmero, y luego se dirigieron a la plaza central, donde instalarían su atrayente puesto.

En el camino, José iba rezando con sus pequeños, pidiéndole a la Santísima Virgen que bendijera su trabajo y les diera a sus productos una calidad especial. En medio de las avemárias del trayecto, avistaron a Carlos, que transportaba flores en un burrito. Pero algo extraño le pasaba: el hombre estaba notablemente enojado y... ¡hablaba solo! Desde lejos se le podía oír: «¡Cuánto tiempo perdí con voso-

tras! Ya estás feas y marchitas, ¡ya no tiene sentido intentar venderlos! ¿Quién va a comprar cosas muertas?». Y refunfuñando con el animal, gritaba: «¡Venga rápido, inútil! ¿Es que tú tampoco vas a servir para nada?». Pobre animalito, cuántos azotes recibía...

Con cada queja, el burro parecía más desanimado y las flores, más «tristes». Éstas palidecían y se encorvaban, mientras Carlos sufría el mismo proceso: ¡estaba decepcionado y sin ganas de trabajar!

Los comerciantes iban llegando uno tras otro a la plaza del mercadillo, montaban sus puestos y exponían sus productos. A Gabriel y Marcos les pareció interesante acercarse poco a poco a aquel hombre gruñón. Entonces fue cuando comprobaron el estado de las flores:

—Gabriel, fíjate lo rápido que están muriéndose. No estaban tan marchitas cuando las vimos en el camino.

—Siento pena por el burrito, ¡parece que tuviera cien años! Carlos tampoco está muy contento. ¿Qué le habrá ocurrido?

La clientela iba llegando paulatinamente. Los productos de José daban la impresión de que procedían del

Edén. Los compradores, encantados por su color y aroma, comentaban:

—José, de verdad, ¡tus frutas vienen del Paraíso! —exclamaba una mujer.

—Hasta las verduras, que no me gustan, parecen auténticas delicias —decía una niña, señalando una berenjena.

Todos se iban satisfechos con su compra semanal, aunque el puesto de flores era una verdadera decepción. En vano intentaban saludar al dueño, pues éste, lejos de aceptar amabilidades, seguía quejándose e «insultando» a los lirios, las rosas, los claveles, las margaritas... terriblemente «azotados» con palabras bastante groseras.

Intrigados todavía por esa situación, los dos pequeños pensaban una solución que animara a su vecino de trabajo y ayudarle así con la venta y, sobre todo, en su vida, que no parecía nada buena...

—Gabriel, me estoy acordando de una cosa —exclamó Marcos.

—¿Cuál?

—En la parroquia, el P. Daniel nos contó que una vez montaron hermosos arreglos en la capilla, para la solemnidad de Corpus



Christi. Y habían puesto lirios. Ahora bien, ya sabes que el perfume del lirio es intenso. Hubo gente a la que no le gustó, porque «aromatizaban demasiado e interferían en las oraciones»..., decían. El sacerdote comentó que, como varias personas malhumoradas se quejaban del olor, los lirios —sólo los lirios— perdieron su fragancia y su frescura antes de lo normal.

—¡Qué raro! ¿Cómo se van a dar cuenta de eso las flores, verdad? Parece superstición —dijo el menor.

—Eso es exactamente lo que preguntaron. Explicó que todas las criaturas están vinculadas entre sí, aunque no percibamos esta realidad con nuestros sentidos naturales. Así pues, si el ser humano, que es rey de la creación, está en un estado de espíritu equivocado, malo, menos de acuerdo con Dios, o entonces en pecado, esto daña a las demás criaturas y todo el orden del universo, por así decirlo, se resiente.

—Vaya, qué interesante!

—¡Así es! Por eso creo que los productos de papá siempre son de calidad, porque vive en paz con Dios y tiene buen corazón. En cambio, Carlos, con ese ceño fruncido, esa acritud... No está así porque las flores se marchitan, sino que las flores se marchitan porque sufren la negrura que él lleva en su alma.

—¿Y tienes algún plan para arreglar esta situación?

Cogiendo a su hermanito del brazo, Marcos le dijo:

—Sí. Ven conmigo.

Los dos se acercaron hasta el puesto de Carlos. El mayor entabla una conversación con el pequeño y éste enseguida entiende la táctica:

—Se aproxima la fiesta del santo patrón de nuestro pueblo. ¿No crees tú, Gabriel, que esos tulipanes quedarían muy bien en las andas para la procesión?

—Creo que sí. Y las margaritas también, ¿no?

—Me parece que las rosas darían más realce. Combinarían muy bien en un arreglo para la imagen de la Virgen de nuestra parroquia.

—¿Y esas orquídeas? Las he visto en unos hermosos ramos que adornaban el altar.

—¡Ah, lo recuerdo! A mamá le gustó mucho. Hablando de eso, dentro de poco es su cumpleaños... ¿Y si le regaláramos unos lirios? Sujetos con una cinta de raso brillante, y una tarjetita, ¡le va a encantar!

De repente, Carlos puso fin a ese «parloteo»:

—¡Fuera de aquí! ¡Estáis estorbando!

Los hermanos fingieron que no lo oyeron, tan «animada» era la conversación.

—Me gusta ese pasaje del Evangelio, donde Jesús dijo que ni siquiera Salomón vistió con tanta pompa... —continuaba Marcos, siguiendo con el plan.

Ante las palabras de aquellos dos inocentes, las flores iban recuperando el brillo y los colores perdidos. Nadie lo había visto, pero los ángeles

bajaron hasta el puesto para restaurar la belleza que eleva a Dios.

Carlos abrió los ojos y se quedó asombrado. La emoción se apoderó de él y, llorando, confesó:

—Mi amargura nace de la envidia que le tengo a los demás, especialmente a José.

Sí, al igual que en sus cultivos, la flor de la admiración se había marchitado en el corazón de Carlos. Sin embargo, al percibir que la misericordia de la Reina del Cielo descendía sobre él a través de la lección de dos niños, aquel infeliz se transformó en un hombre tan admirativo y encantado con el bien del prójimo, que se convirtió en un verdadero ejemplo en el pueblo. Y, de este modo, los ángeles empezaron a cultivar en su alma un jardín de virtudes.

A partir de entonces, Carlos fue un hombre alegre, pues había descubierto cómo la envidia y la tristeza dan colores de muerte a todo, mientras que la admiración da vida a la vida misma y nos hace gozar anticipadamente, ya en esta tierra, la felicidad celestial. ♦



Ilustraciones: Giuliana D'Amato

Con las palabras de esos dos inocentes, las flores recuperaron el brillo y los colores perdidos. Ante tal prodigio, Carlos percibió que la misericordia de la Virgen había descendido sobre él, y empezó a ser desde ese día un verdadero ejemplo de admiración en el pueblo

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San David, obispo (†c. 601). Fundó un monasterio en su diócesis de Menevia, Gales, del cual partieron misioneros para evangelizar Irlanda, Cornualles y Armórica.

2. San Troadio, mártir (†c. 250). Asesinado durante las persecuciones del emperador Decio en Neocesarea del Ponto, actual Turquía.

3. III Domingo de Cuaresma.

Santa Catalina Drexel, virgen (†1955). Fundadora de la Congregación de las Hermanas del Santísimo Sacramento, en Filadelfia, Estados Unidos. Trabajó en favor de los indios y los afroamericanos.

4. San Casimiro, rey (†1484 Grodno, Bielorrusia).

Beato Zoltan Lajos Meszlényi, obispo y mártir (†1951). Obispo auxiliar de Esztergom, Hungría, deportado al campo de concentración de Kisztarcsa, donde murió después de ocho meses de tormentos indescriptibles.

5. San Lucio I, papa (†254). Poco después de ser elevado al solio pontificio, fue exiliado por el emperador Valeriano. Cuando pudo regresar, combatió con energía a los herejes novacianos.

6. Santa Rosa, virgen (†1253). Religiosa de la Tercera Orden de San Francisco, que a los 18 años consumó precozmente en Viterbo, Italia, el breve curso de su vida.

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (†203 Cartago, Túnez).

San Pablo, obispo (†850). Por defender el culto de las imágenes sagradas, fue expulsado de su tie-



Santa Rosa de Viterbo - Catedral de Ivrea (Italia)

rra natal y murió en el exilio en Prusa, hoy Bursa, Turquía.

8. San Juan de Dios, religioso (†1550 Granada, España).

San Faustino Míguez, presbítero (†1925). Religioso escolapio que fundó el Pío Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora, en Sanlúcar de Barrameda, España.

9. Santa Francisca Romana, religiosa (†1440 Roma).

San Bruno, obispo y mártir (†1009). Capellán de la corte del emperador Otón III, se hizo monje camaldulense. Fue nombrado obispo de Querfurt y murió durante una misión en Moravia, despedazado por unos paganos, junto con dieciocho compañeros.

10. IV Domingo de Cuaresma, también llamado Domingo «Lætare».

San Simplicio, papa (†483). Consoló a los afligidos durante la

invasión de los bárbaros, sostuvo la unidad de la Iglesia y luchó contra la herejía monofisita.

11. Santo Domingo Câm, presbítero y mártir (†1859). Religioso dominico nacido en el actual Vietnam. Durante la persecución religiosa, trabajó para mantener a los cristianos en la fe, incluso cuando ya había sido encarcelado.

12. Beata Fina de San Geminiano, virgen (†1253). Afectada por una grave enfermedad a los 10 años, murió cinco años después, habiendo soportado todos sus sufrimientos con admirable paciencia.

13. San Eldrado, abad (†c. 840). Oriundo de una familia de la aristocracia franca, se hizo monje benedictino en Novalesa, Italia. Reformó el salterio e impulsó la construcción de nuevas iglesias.

14. Beata María Josefina de Jesús Crucificado, virgen (†1948). Priora del Carmelo de Ponti Rossi, en Nápoles, Italia. Aceptó con alegría diversas enfermedades, ofreciéndolo todo por los sacerdotes y por el bien de las almas.

15. Beato Juan Adalberto Balicki, presbítero (†1948). En sus cincuenta y seis años de ministerio sacerdotal se destacó como formador de nuevos sacerdotes, predicador muy estimado y confesor eximio, en Przemysl, Polonia.

16. San Julián de Anazarbo, mártir (†s. IV). Despues de ser torturado por largo tiempo, fue metido en un saco con serpientes y arrojado al mar, en Cilicia, actual Turquía.

17. V Domingo de Cuaresma.

San Patricio, obispo (†461 Down, Irlanda).

San Agrícola, obispo (†580). Gobernó durante cuarenta y ocho años la antigua diócesis de Chalon-sur-Saône, sufragánea de Lyon, Francia, consolidándola con varios concilios.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 387 Jerusalén).

Beata Marta Le Bouteiller, virgen (†1883). Religiosa de las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia, vivió en el monasterio de Saint-Sauveur-le-Vicomte, Francia, dedicándose a los más humildes oficios.

19. Solemnidad de San José, esposo de la Virgen María y patrón de la Iglesia.

Beato Narciso Turchan, sacerdote y mártir (†1942). Franciscano arrestado en Polonia por el régimen nazi y deportado al campo de concentración de Dachau, donde murió torturado.

20. Beato Hipólito Galantini, laico (†1619). Fundador de la Cofradía de la Doctrina Cristiana, trabajó en la formación catequética de los pobres y humildes.

21. Santa Benita Cambiagio Frassinello, religiosa (†1858). De acuerdo con su marido, renunció a la vida conyugal y fundó en Ronco Scrivia, Italia, el Instituto de las Hermanas Benedictinas de la Providencia, para la formación de niñas pobres y abandonadas.

22. San Nicolás Owen, religioso y mártir (†1606). Durante las persecuciones en Inglaterra se dedicó a construir escondites para los católicos. Ingresó en la Compañía



San Juan de Dios - Casa de los Pisa, Granada (España)

de Jesús como hermano converso. Fue encarcelado, cruelmente torturado y asesinado durante el reinado de Jacobo I.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (†1606 Saña, Perú).

San José Oriol, presbítero (†1702). Sacerdote de Barcelona, España, que por la mortificación corporal, el eximio ejercicio de la pobreza y la oración continua vivía siempre en estrecha unión con Dios y animado por la alegría celestial.

24. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

Beata María Serafina del Sagrado Corazón, virgen (†1911). Fundó en Caserta, Italia, la Congregación de las Hermanas de los Ángeles, Adoratrices de la Santísima Trinidad.

25. Santa María Alfonsina Danil Ghattas, virgen (†1927). Fundó en Tierra Santa la Congregación

de las Hermanas del Santo Rosario de Jerusalén de los Latinos.

26. San Cástulo, mártir (†s. inc.).

Como chambelán de Diocleciano, ayudó a muchos cristianos durante la persecución de este emperador. Al ser descubierto, fue ejecutado tras sufrir crueles torturas.

27. Beata Panacea de Muzzi,

virgen y mártir (†1383). Pastorcita italiana asesinada por su madrastra a los 15 años mientras rezaba en la iglesia.

28. Jueves Santo en la Cena del Señor.

Institución de la Sagrada Eucaristía.

San Cirilo, diácono y mártir (†c. 362). Fue cruelmente asesinado durante la época del emperador Juliano el Apóstata, en Heliópolis, Líbano.

29. Viernes Santo en la Pasión del Señor.

San Guillermo Tempier, obispo (†1197). Defendió la diócesis de Poitiers, Francia, contra la opresión de los nobles, reformó las costumbres y dio ejemplo de una vida íntegra.

30. Sábado Santo de la Sepultura del Señor.

San Juan Clímaco, abad (†649). Autor del famoso libro *Escalera del Paraíso*, escrito en el monasterio del monte Sinaí, en el cual señala el camino del progreso espiritual a modo de una ascensión por treinta peldaños hacia Dios.

31. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.

Beata Natalia Tulasiewicz, mártir (†1945). Durante la ocupación de Polonia, fue presa en el campo de exterminio de Ravensbrück, Alemania, y ejecutada por inhalación gas letal.

El legado de San José

La honra de esta humilde vara, testigo tácito de elevados misterios, supera con creces el brillo de los más ricos cetros del mundo.

✉ Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP



Príncipe de la Casa de David y depositario de todas las promesas divinas hechas a lo largo de los milenios... Sin embargo, ¡con cuánta sencillez vivió el padre virginal del Hombre-Dios, poseedor de tan augustos títulos!

La iconografía, generalmente, lo representa portando una vara despojada de cualquier adorno, salvo los habituales lirios. Hubo patriarcas y profetas que marcaron la historia con sus cayados: conocidos son, por ejemplo, los portentos realizados por el bastón de Moisés (cf. Éx 7-10) o el oráculo divino manifestado por Zácarías rompiendo sus dos cayados (cf. Zac 11, 7-14). Por otra parte, en todas las épocas, los potentados ostentaron lujosos cetros, de marfil u oro, con incrustaciones de piedras preciosas. José no. Pero no por eso su bastón es inferior en gloria a todos los demás.

En efecto, la honra insondable con la que Dios quiso rodear esta vara, testimonio tácito de elevados misterios, supera con creces el brillo de cualquier bastón, por más refinado que sea.

Si glorioso fue Moisés abriendo con su vara el mar Rojo, mucho más glorioso fue José guiando con su cayado a la Sagrada Familia en la arriesgada travesía del desierto,

guardando la infancia del Niño Jesús, sosteniéndole en sus primeros pasos. ¿Quién sabe si, en las incertidumbres del día a día, al contemplar a su esposo con el bastón en sus manos, la Virgen Santísima no recordaría el salmo: «Tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan» (22, 4)?

¡Con cuánto cuidado habrían conservado Jesús y María esta bendita reliquia, cuando el Santo Patriarca cerró definitivamente los ojos a esta vida! ¡Qué esperanzas no debieron albergar con respecto del futuro de la Iglesia al ver aquella vara con la que José los había guiado siempre de un modo tan victorioso! ¡Cuánta seguridad no inspiraría a la orfandad del Creador y a la viudez de la Reina del universo, que aún sufrián en este exilio!

Muchos objetos pertenecientes a la Sagrada Familia se han perdido a lo largo de los tiempos. El bastón florido de San José, no obstante, aún hoy se conserva entre nosotros, en una iglesia dedicada a él en Nápoles. Quizá la Providencia lo haya permitido para que el cayado permaneciera como legado de su protección victoriosa para con cada fiel, así como guio las primicias de la salvación, Jesús y María.

Al «vencedor», el Señor le prometió en el Apocalipsis darle poder

sobre las naciones para regirlas con «cetro de hierro» (2, 26-27). Contrariamente a la idea equivocada de que se refiera a una tiranía, esta recompensa evoca el papel de un verdadero padre, que ofrece, con su autoridad, toda la firmeza, estabilidad y fuerza a la existencia de sus hijos.

¿Cuál será entonces el premio reservado a José, cuyas obras, amor, fidelidad, generosidad, paciencia y constancia (cf. Ap 2, 19) fueron tan perfectos a los ojos de Dios? ¿Y qué portentos manifestará aún el Protector de la Santa Iglesia a la humanidad, habiendo vencido a las fuerzas del mal en el tiempo y en la eternidad? ¿Tendrá poder sobre los acontecimientos de la historia, junto con su divino Hijo y su Santísima Esposa?

La devoción a San José no puede ser considerada jamás una más entre otras. Es fundamental para todo aquel que quiera ser verdaderamente de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora. Su cayado constituye, pues, para nuestros tiempos, ¡una prenda y una promesa de triunfo! Con él el Santo Patriarca nos guiará en nuestra peregrinación por este mundo y se apresurará a socorrernos en cualquier peligro. ♦



Vara de San José - Iglesia dedicada a él en Nápoles (Italia)

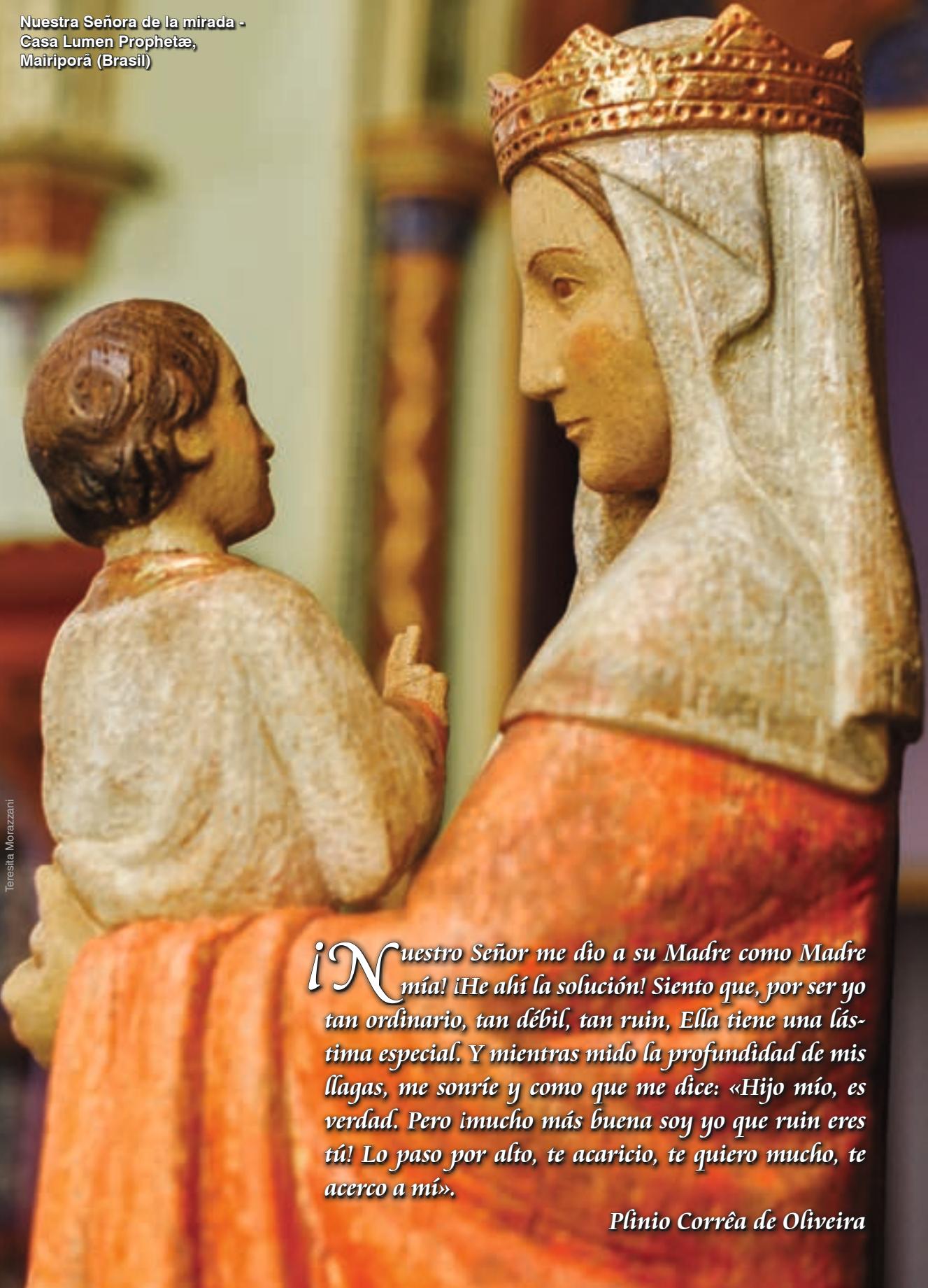
Reproducción



San José - Casa Lumen Prophetæ,
Mairiporã (Brasil)

Ivano Gavilanes

Nuestra Señora de la mirada -
Casa Lumen Prophetæ,
Mairiporá (Brasil)



Teresita Morazzani

¡Nuestro Señor me dio a su Madre como Madre mía! ¡He ahí la solución! Siento que, por ser yo tan ordinario, tan débil, tan ruin, Ella tiene una lástima especial. Y mientras mido la profundidad de mis llagas, me sonríe y como que me dice: «Hijo mío, es verdad. Pero ¡mucho más buena soy yo que ruin eres tú! Lo paso por alto, te acaricio, te quiero mucho, te acerco a mí».

Plínio Corrêa de Oliveira